

Revista de la CEPAL

Director

RAUL PREBISCH

Secretario Técnico

ADOLFO GURRIERI

Editor

GREGORIO WEINBERG



NACIONES UNIDAS
COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA
SANTIAGO DE CHILE / DICIEMBRE DE 1980

SUMARIO

Nota de la Dirección	7
Los actuales estilos de desarrollo y los problemas del medio ambiente. <i>Mostafá K. Tolba</i>	9
La interacción entre los estilos de desarrollo y el medio ambiente en América Latina <i>Oswaldo Sunkel</i>	17
Comentarios sobre el artículo "La interacción entre los estilos de desarrollo y medio ambiente en América Latina" Comentario de Aníbal Pinto Comentario de Jorge Sábato Comentario de Gabriel Valdés Comentario de Jorge Wilhelm	55
Biosfera y desarrollo <i>Raúl Prebisch</i>	73
El ambiente en la palestra política <i>Marshall Wolfe</i>	89
Estrategias de desarrollo con requerimientos energéticos moderados Problemas y enfoques <i>Ignacy Sachs</i>	107
Perspectivas de desarrollo y medio ambiente: el caso de Brasil <i>Fernando Henrique Cardoso</i>	115
La dimensión ambiental en el desarrollo agrícola de América Latina <i>Nicolo Gligo</i>	133
Factores ambientales, crisis de los centros y cambio en las relaciones internacionales de los países periféricos <i>Luciano Tomassini</i>	149
Comentarios sobre el capitalismo periférico y su transformación Comentario de Lucio Geller Comentario de José Ibarra Comentario de Pedro Vusković	179

Factores ambientales, crisis en los centros y cambio en las relaciones internacionales de los países periféricos

*Luciano Tomassini**

Sobre la base de ideas avanzadas en trabajos anteriores, el autor continúa su exploración de los cambios acaecidos en las relaciones internacionales durante las últimas décadas con el objeto de fundamentar su tesis de que los países en desarrollo deberían orientarse hacia una estrategia de participación selectiva en el sistema internacional.

Comienza por una evaluación de las ideas que, desde la postguerra, han procurado interpretar las relaciones centro-periferia y muestra cómo algunas de ellas han sido superadas por los procesos reales. Profundizando estos procesos, presta atención a las transformaciones estructurales registradas en los países desarrollados y en desarrollo; en los primeros estudia la formación y crisis del sistema transnacional, mientras que en los segundos se refiere en particular a las modalidades y consecuencias de su desarrollo económico.

En la última parte, se refiere al proceso general de internacionalización de la economía y plantea algunos modos de inserción de los países en desarrollo en la economía internacional. A su juicio, estos países deberían escoger estrategias que no impliquen su subordinación pasiva a las fuerzas económicas externas ni el reemplazo de los mercados internacionales por mecanismos centralizados, sino procurar una inserción selectiva en el sistema mundial.

*Asesor Regional en Negociaciones Económicas Internacionales de la CEPAL.

Introducción

Estas páginas se proponen contribuir al esclarecimiento de algunas cuestiones vinculadas con la evolución reciente de las relaciones internacionales de los países periféricos desde las nuevas perspectivas abiertas por un conjunto de factores que, seguramente, serán recordados por su creciente gravitación durante el último tercio del siglo XX, responsables del fortalecimiento de los vínculos de interdependencia en el sistema internacional, y entre las cuales las consideraciones medio ambientales ocupan un lugar muy destacado.¹

Siguiendo la tradición del pensamiento cepalino, en lo que a nuestro juicio constituyen sus tesis fundamentales, se reconoce de partida la importancia de las relaciones centro-periferia en la evolución de los países en desarrollo; la dependencia estructural de estos últimos respecto del centro cíclico principal, constituido por los países desarrollados, y la tendencia al deterioro de sus términos de intercambio o, para expresarlo en términos más generales, a la declinante participación de estos países en los beneficios derivados de sus relaciones económicas con los centros industriales.

Además se exploran a continuación los cambios que han experimentado estas relaciones a lo largo del último decenio, y se sugieren algunas modificaciones que habría que introducir en las hipótesis interpretativas acuñadas por la CEPAL, teniendo a la vista la situación

¹Se prosiguen aquí algunas reflexiones iniciadas en el trabajo de O. Sunkel y L. Tomassini, titulado "La dimensión ambiental y el cambio en las relaciones internacionales de los países en desarrollo", presentado al seminario sobre Estilos de Desarrollo y Medio Ambiente en América Latina, cuya versión revisada publicó la revista *Estudios Internacionales*, N.º 50, correspondiente a abril-junio de 1980. Se omite aquí el tratamiento de algunos aspectos específicos vinculados con los problemas ecológicos considerados en dicho trabajo, tales como la contaminación ambiental, la energía, los recursos naturales y el redesplice industrial, pues varios de ellos son objeto de otros aportes incluidos en esta misma edición de la *Revista*. También se omite el análisis de las alternativas que la presencia de esos factores plantea desde el punto de vista de las estrategias nacionales de desarrollo. Estas reflexiones se concentran en sus implicaciones desde el ángulo de la forma que probablemente adoptarán sus relaciones internacionales como consecuencia de dichos factores. El autor destaca la inspiración que recibió a través del diálogo con O. Sunkel, pero asume toda la responsabilidad por el análisis realizado con posterioridad a aquel trabajo y, muy particularmente, por los errores contenidos en este ensayo.

de la postguerra, como consecuencia de las transformaciones experimentadas por el sistema internacional desde entonces —y muy particularmente por los países capitalistas avanzados— bajo el impacto de lo que en homenaje a la brevedad denominaremos el síndrome antonino.² Entre las interpretaciones correspondientes a circunstancias históricas que han cambiado durante los últimos años se cuentan la tendencia a la desvinculación de los países periféricos con respecto a la economía mundial, su dependencia unilateral frente a los países industriales, la naturaleza irreversible de los rasgos señalados, el énfasis en el comercio internacional como nexo entre ambos segmentos del sistema y el carácter monolítico del llamado centro hegemónico.³ Se propone aquí una distinción entre las tesis centrales del pensamiento de la CEPAL acerca de la importancia, estructura y forma general de funcionamiento del sistema centro-periferia, concebidas desde una amplia perspectiva histórica, y algunas hipótesis interpretativas mediante las cuales se procuró describir las características peculiares que presentaban dichas relaciones en un período determinado. En otras palabras, se hará un esfuerzo por evitar que la visión de los rasgos estructurales del sistema impida ver

²En su teoría sobre los colapsos de las civilizaciones, determinados por la pérdida de su dominio sobre el contorno físico y humano, el deterioro de su capacidad de autodeterminación creativa y la tendencia a la mimesis como mecanismo de difusión de las formas sociales, Toynbee encuentra que en el caso del Imperio Romano esta constelación de circunstancias se da en la época de los Antoninos, en medio del aparente apogeo de la civilización helénística. Otro historiador clásico vio en el mundo de los Antoninos "el menos malo de los mundos posibles" en la época antigua, y fundó su parecer en la constante amenaza de dificultades económicas, en la transformación de los valores y en los sufrimientos que soportaban los grupos más pobres en varias regiones. Buscando una causa para esta situación, se puede descubrirla como "la inadaptación de la estructura y de la vida sociales a las verdaderas necesidades económicas del mundo romano" (Crouzet, 1958). Este símil, empleado aquí con fines puramente semánticos, podría tener cierta semejanza con la realidad actual, según algunos historiadores de la cultura (U. Eco, 1973; R. Vacca, 1975; A. Stavrios, 1976, y otros), para quienes la crisis de la *pax americana*, la fragmentación y privatización del poder, el deterioro ecológico, el neonomadismo y el renacimiento de la *insecuritas* y, por lo tanto, de las *auctoritas* estarían poniendo en jaque la expansión planetaria del capitalismo, y presagiando el surgimiento de una nueva edad media.

³Así, por ejemplo, con respecto a este último punto, el análisis de la CEPAL señaló primeramente el reemplazo

el cambio que han experimentado dichas relaciones, y para hacerlo con más fuerza se usará un arma de doble filo, que consiste en acentuar los claroscuros que presentan las cuestiones examinadas, con el agravante de que el espacio disponible para abordarlas apenas permitirá enunciar algunas conclusiones.

Para expresar derechamente nuestra conclusión central, aventuraremos la hipótesis de que el síndrome antonino —la interrupción del ciclo expansivo de la economía internacional, la inseguridad en el abastecimiento de algunos recursos naturales de carácter estratégico y la transformación de los valores en un número creciente de grupos sociales, que han afectado a los grandes centros industriales después de un período de prosperidad sin precedentes— está provocando la modificación de la antigua división internacional del trabajo sobre la que se asentaron las relaciones centro-periferia, y plantea a esta última una combinación inédita de riesgos y oportunidades. La periferia se ve abocada así al imperativo de proseguir su camino histórico hacia el desarrollo dentro de un escenario internacional considerablemente transformado.

De acuerdo con una sentencia acuñada en los Estados Unidos para justificar la teoría del rebalse como solución a los problemas planteados por la asimetría que presentan estas relaciones, durante largo tiempo se dijo que lo que era bueno para el centro, era bueno para la periferia. A lo largo de los últimos años, algunos analistas comenzaron a preguntarse si la prosperidad de los países industrializados podría mantenerse sin el progreso de los países en desarrollo, y plantearon la hipótesis de que lo que era bueno para estos últimos, también debía serlo para los primeros (Sewell, 1978 y 1979). En estas reflexiones se explora otra po-

de Gran Bretaña por los Estados Unidos como centro hegemónico principal, más adelante la aparición de subcentros representados por la Comunidad Económica Europea y el Japón y, finalmente, la emergencia de los países socialistas como un polo adicional del sistema económico mundial. Más adelante se argumentará que es posible percibir similares mutaciones con respecto a otros rasgos que en su momento caracterizaron el esquema interpretativo elaborado por la CEPAL a comienzos de la postguerra (véase, entre otros, A. Pinto, 1973).

sibilidad sugerida por la actual problemática, a saber, la de que lo que es malo para el centro podría ser bueno para la periferia.

Los elementos de aquel síndrome que podrían llevar a esta conclusión desbordan, naturalmente, la esfera restringida a las relaciones económicas internacionales y surgen de la evolución global de las respectivas sociedades. Es necesario seguir, pues, la inspiración de Raúl

Prebisch cuando, refiriéndose a sus trabajos recientes, manifestaba: "He procurado llegar a una interpretación global que abarque los elementos más importantes del desarrollo. Son elementos económicos, tecnológicos, sociales, culturales y políticos. Proponerse explicar la realidad a la luz de una teoría solamente económica es perderse irremisiblemente en un callejón sin salida" (1978).

I

La evolución del marco interpretativo de las relaciones centro-periferia⁴

1. *De la teoría de la cooperación al análisis del sistema centro-periferia*

El interés de la comunidad internacional por los países subdesarrollados se despierta a partir de la Segunda Guerra Mundial. Ello es, en cierta medida, el resultado del proceso de descolonización que se inicia por entonces y de la pugna de las grandes potencias por extender sus esferas de influencia hacia el tercer mundo, como parte integrante de la guerra fría. Nace de este modo la preocupación por el subdesarrollo y, con ella, los primeros programas de ayuda externa.

En la base de este proceso hay una serie de teorías sobre la naturaleza del desarrollo y sobre las estrategias más adecuadas para promoverlo. El común denominador de estas concepciones es la asimilación del concepto de 'desarrollo' al de 'modernización'. El desarrollo era concebido como un proceso unívoco, que pasa necesariamente por etapas preestablecidas, siguiendo un camino que deben recorrer por igual todos los países. La diferencia entre el desarrollo y el subdesarrollo radica en que algunos de ellos recorrieron antes ese camino, mientras que otros aún se encuentran en sus primeros tramos. Para explicar esta situación, algunas teorías ponen el acento en la estructura de la personalidad (Riesman, 1951; McClelland, 1961, y Hagen, 1962); otras acentúan el papel de las valorizaciones o preferencias so-

ciales (fundamentalmente Parsons y Shils, 1952, y su original versión latinoamericana, según Germani, 1962); otras aún subrayan las condiciones estructurales que deberían cumplirse para posibilitar un proceso sostenido de crecimiento económico (Rostow, 1960). En todos estos enfoques, el énfasis está puesto sobre la necesidad de la modernización, entendida ésta como la imitación de un modelo acuñado por los países que protagonizaron la revolución industrial y que hoy son desarrollados. Ni siquiera se planteaba la posibilidad de que las causas del subdesarrollo radicaran precisamente en la naturaleza de las relaciones prevalecientes entre las sociedades rezagadas y los países industrializados; se presumía la existencia de una suerte de "armonía natural de intereses" entre ambos grupos de países. El desarrollo de los países retrasados debía ser inducido, en lo sustancial, por el rebalse generado por el crecimiento económico de los grandes centros industriales. Se reconocía la existencia de una profunda brecha entre ambas categorías de países, así como la marcada asimetría de sus relaciones políticas, militares y económicas, pero esta situación se atribuía al hecho de que dichos países se encontraban en diferentes "etapas de desarrollo". La cooperación internacio-

⁴Esta sección se basa en la primera parte de un trabajo de Sunkel y Tomassini publicado en el N.º 50 de la revista *Estudios Internacionales* (1980).

nal debía contribuir a salvar esa brecha y a estimular el desarrollo de los países rezagados. Los programas de cooperación internacional que se pusieron en marcha a partir de estos supuestos no condujeron a los resultados previstos, y el período que se extiende hasta fines del decenio de los años sesenta concluyó con un acendrado sentimiento de "desilusión frente a la ayuda", según lo atestigua una serie de evaluaciones realizadas al concluir ese período, como así también los informes preparados por Pearson, Peterson y Prebisch.⁵

"Los países donantes y receptores por igual —concluye uno de estos informes— tendieron a concebir la modernización y el desarrollo de los países de bajos ingresos como un intento de reproducir la revolución industrial en un tiempo muy breve. Prestaron una atención desmesurada a la ejecución de proyectos específicos de inversión y relativamente muy poca a las causas y las consecuencias del subdesarrollo (Pearson, 1969, pág. 5)."

Aquel enfoque pasaba por alto los antecedentes históricos y las características estructurales que habían configurado, a lo largo del tiempo, las relaciones entre los países subdesarrollados y los países industriales. Suponía que el desarrollo constituye un proceso que se verifica independientemente y del mismo modo en distintos lugares y momentos, y que consiste en reproducir, bajo diferentes circunstancias, un modelo previo. En tal sentido, contribuyó a convalidar la primacía de las potencias industriales y a la consolidación de un sistema internacional construido a su imagen y semejanza.

La CEPAL cuestionó estas presunciones desde el comienzo mismo de sus actividades, alrededor de los años 1950, bajo el liderazgo de Raúl Prebisch. Para ella el subdesarrollo no consistía simplemente en la falta de crecimiento, sino que, por el contrario, constituía el estilo de crecimiento propio de las economías periféricas. Este análisis, desde un principio, contuvo los elementos que, con el andar del tiempo,

llevarían a plantear la existencia de un sistema económico mundial que genera, a la vez, desarrollo en los centros y subdesarrollo en la periferia (CEPAL, 1950; Prebisch, 1952).

De acuerdo con este análisis, el 'centro' (integrado por los países desarrollados) había establecido una división internacional del trabajo en que reservaba para sí la producción de manufacturas y bienes de capital, y asignaba a la 'periferia' (los países subdesarrollados) el papel de productores de alimentos y materias primas. Dentro de este tipo de especialización, los mercados internacionales funcionaban sistemáticamente en contra de los intereses de los países en desarrollo, dando lugar a una tendencia secular al deterioro de sus términos de intercambio y de su capacidad para importar, y a persistentes situaciones de desequilibrio externo.

Esta tendencia consistía en que, a largo plazo, los precios de los productos primarios, en cuya exportación se especializaba la periferia, declinaban en comparación con los de las manufacturas y bienes de capital que debía importar desde los centros. Ello se debía en primer término a que, como pronto pudo observarse, los empresarios y trabajadores de los países industrializados, en lugar de transferir hacia la periferia los beneficios derivados de los aumentos de productividad inducidos por el progreso técnico, mediante una baja correlativa de los precios, los traducirán en un aumento sostenido de sus ingresos. Se debía, en segundo lugar, a que la demanda por productos primarios es relativamente inelástica, como se desprende de la ley de Engels, según la cual, conforme el ingreso de una sociedad crece (como ocurre en los centros) es menor la proporción que el consumidor destina a alimentos y productos básicos, lo que determina que la demanda por este tipo de productos se incremente con irregularidad y lentamente. El mismo efecto, en tercer lugar, tienen ciertos rasgos característicos de la tecnología moderna, la que tiende a dar lugar a la sustitución generalizada de productos naturales por sintéticos y a procesos productivos basados en el ahorro de materiales. La protección que tradicionalmente han otorgado los países industrializados a sus sectores primarios, al dificultar el acceso a sus mer-

⁵Para un análisis crítico de éstos y otros informes similares, véase Helio Jaguaribe, "Implicaciones políticas del desarrollo latinoamericano", en Díaz-Alejandro y otros, 1976.

cados de los productos en que se especializa la periferia, hizo el resto.⁶

Desde el punto de vista de los países desarrollados, resultaba natural esperar que esas tesis fuesen controvertidas. Así, por ejemplo, la tendencia al deterioro de los términos de intercambio más de una vez ha sido cuestionada a la luz de la evidencia empírica (Ellsworth, 1956; Flanders, 1964, y Harberler, 1969). Sin embargo, en líneas generales, esa argumentación sigue siendo válida, sobre todo si su validez no es medida tanto en términos de la evolución real de los precios de los productos básicos como de la que los países en desarrollo tenían razón para confiar que se produjera (Fishlow, 1978). Con todo, en medio de este debate, conviene preguntarse si algunos de los supuestos sobre los que históricamente se basó esa teoría continúan vigentes.

2. *El avance del proceso de transnacionalización a nivel mundial*

El esquema de análisis centro-periferia se basó en la presunción de que tanto el lugar que asignaba la división internacional del trabajo a los países periféricos —el de productores de materias primas— como la tendencia a la desarticulación de sus economías con respecto al sistema económico internacional, expresada en su participación declinante en el comercio mundial, habrían de ser irreversibles. La industrialización de los países de la periferia y la concertación de acuerdos sobre productos básicos emergían a la luz de este análisis como los dos caminos que, al alterar la especialización de dichos países en la división internacional del trabajo y mejorar los términos de su intercambio, les permitiría obtener una mayor participación en los frutos del progreso técnico. La

violenta reducción experimentada por el poder de compra de sus exportaciones como consecuencia en la crisis de los años treinta, y las dificultades adicionales para importar provocadas por la guerra, brindaron a estos países nuevos incentivos para adoptar políticas de protección y estímulo a la creación de una industria que, durante una primera etapa, se basó en políticas deliberadas de “crecimiento hacia adentro” y de sustitución de importaciones, y para insistir en la necesidad de regular los mercados de materias primas.

La presunción de que la desarticulación de los países de la periferia con respecto a la economía internacional era irreversible se basaba, entre otros supuestos, en la presencia de una jerarquía internacional extremadamente rígida, en el predominio de los objetivos relacionados con la seguridad por sobre los intereses económicos (dos supuestos vinculados con la guerra fría) y en la existencia de una economía internacional poco integrada, donde la movilidad de los factores era mucho menor que la de las mercancías. Estos supuestos se alteraron durante los decenios siguientes. El relativo debilitamiento del esquema rigidamente bipolar que emergió de la segunda guerra mundial y la tendencia a la dispersión del poder económico mundial, fortalecieron la capacidad de maniobra y la competitividad de los países en desarrollo, provocaron la diversificación de los mercados y de las fuentes de abastecimiento de bienes de capital, tecnología y financiamiento de que éstos disponían y estimularon, por ende, su integración en el sistema internacional. El hecho de que los intereses económicos pasaran a adquirir una importancia creciente en las relaciones internacionales, en comparación con los objetivos vinculados con la esfera de la seguridad, contribuyó también a tornar más fluida la participación de los países en desarrollo en el sistema internacional, y los alentó a buscar un mayor grado de autonomía, toda vez que el poder económico se encuentra relativamente menos concentrado que el poderío político y militar. La tendencia hacia la formación de un sistema económico transnacional basado en una creciente interdependencia entre las distintas sociedades nacionales, donde a la internacionalización del comercio y de la producción primaria siguió la de la producción indus-

⁶Como se ha señalado en otro lugar, acuñada originalmente dentro del ámbito latinoamericano, dicha línea de análisis alcanzó difusión mundial a partir de 1964, cuando pasó a inspirar los planteamientos formulados por los países en desarrollo dentro del marco de la UNCTAD. De hecho este análisis sirvió de base a la nueva estrategia comercial del tercer mundo (Prebisch, 1964). Pero estas notas sólo se refieren al cambio en la interpretación conceptual de las relaciones centro-periferia y excluyen los aspectos concernientes a las estrategias que han orientado las negociaciones entre ambos grupos de países (Tomassini, 1967 y 1969).

trial y los servicios, contribuyó aún más a incorporar a los países de la periferia en un sistema global en acelerado proceso de consolidación.⁷ El endurecimiento que han experimentado las relaciones Este-Oeste a partir del último año podrían representar un retroceso más que un cambio de dirección definitivo en el camino hacia la distensión, si se consideran las características estructurales de los principales contendores y la naturaleza de las relaciones económicas y tecnológicas que ya se han desarrollado entre ellos, y constituye en todo caso un episodio demasiado reciente como para poder extraer conclusiones duraderas.

“El enfoque centro-periferia ha sido muy útil para explicar los antecedentes históricos del desarrollo capitalista de la periferia en función de las características de los centros correspondientes en sus etapas de expansión y crisis (señalan algunos de los autores que más han contribuido a la ampliación de dicho enfoque). Así, por ejemplo, se reconoce que la difusión de la revolución industrial y la expansión imperialista de los países centrales durante la última parte del siglo XIX, es el elemento que más ha contribuido a convertir los países periféricos en exportadores especializados de productos primarios. Por otra parte, se acepta que el período de crisis por el que atravesó el capitalismo desde la primera guerra mundial hasta los años cuarenta fue un factor determinante del proceso de industrialización de muchos países subdesarrollados en esa época. Sin embargo, salvo en el sentido restringido de la importancia que revisten los mercados externos de productos básicos, capital y tecnología, y del crecimiento de las empresas transnacionales en la postguerra, que se ha destacado en la literatura sobre la dependencia, el análisis del proceso de desarrollo de los países periféricos en las últimas dos décadas se lleva frecuentemente a cabo como si aquel marco capitalista global hubiese dejado de existir, hubiese permanecido esencialmente invariable o careciese de importancia.” (Sunkel y Fuenzalida, 1978.)

A lo largo del último decenio se fue desarrollando un esquema centrado en el análisis de la formación de un sistema transnacional en

el que los países centrales y los países periféricos no se encuentran vinculados sólo por relaciones externas, que fundamentalmente tienen lugar en los mercados de bienes y factores, sino que forman parte de un mismo sistema, cuyos rasgos determinan profundamente la estructura política, económica, social y cultural de los segundos. El análisis centro-periferia había prestado atención preferente a las relaciones comerciales entre ambos grupos de países por considerar que ellas constituían la principal forma de vinculación entre los dos segmentos del sistema. Había predicho también que la industrialización de la periferia, al modificar su especialización en la división internacional del trabajo, habría de engendrar un proceso de crecimiento más autónomo. El hecho de que la industrialización de aquellos países se verificara en una etapa caracterizada por la organización transnacional de la economía mundial modificó un tanto la validez de estos diagnósticos y de las correspondientes predicciones. En efecto, la industrialización de los países periféricos no se llevó a cabo en forma aislada, sino que logró avanzar gracias al establecimiento de nuevas y profundas conexiones con las economías extranjeras. En otras palabras, el desarrollo de los países de la periferia profundizó y modificó sus formas de inserción externa, conforme éstos fueron sustituyendo importaciones de bienes de consumo por las de aquellos bienes de capital e insumos requeridos para proseguir sus procesos de industrialización, e incorporaron las formas de vida, las pautas de consumo y las estructuras productivas propias de las sociedades avanzadas, fortaleciendo y tornando más compleja su inserción en un sistema transnacional en intenso auge. En otras palabras, el desarrollo de los países de la periferia fue acompañado de su creciente integración en el sistema internacional.

“Es un hecho que el desarrollo de los países latinoamericanos —señala un testimonio autorizado— ha tenido lugar dentro del marco de una creciente integración en la economía internacional. En efecto, si bien los factores externos siempre tuvieron una importancia decisiva en la evolución de la región, es diferente la profundidad y las modalidades que hoy presenta su relacionamiento externo.” (Iglesias, 1980.)

⁷Véanse principalmente autores tales como Bergsten y Krause, 1975; Cooper, 1968, y Nye y Kehoane, 1975.

Este fenómeno conlleva la adopción imitativa por parte de los países de la periferia del estilo de desarrollo prevaleciente en los centros. En este proceso juegan un papel muy importante los grupos transnacionales que actúan en aquellos países, cuya meta consiste en reproducir localmente dicho estilo, organizando sus sociedades a imagen y semejanza de los centros. La integración transnacional de los países de la periferia refuerza la coexistencia, dentro de ellos, de sectores 'transnacionalizados' con sectores marginados. Permite también la subsistencia de un alto grado de asimetría —y, por lo tanto, de dependencia y de conflicto— entre los diversos segmentos del sistema. Con todo, al margen de esas connotaciones negativas, se acentúa la transnacionalización de los países de la periferia.

3. Crisis del sistema e interdependencia

El extraordinario período de auge por el que atravesaron los grandes países industriales durante los decenios de 1950 y 1960 constituyó, sin duda, el telón de fondo que hizo posible la formación de ese sistema y la progresiva integración transnacional de los países de la periferia. Sin embargo, con el transcurso del tiempo, fueron poniéndose de manifiesto los costos, las contradicciones y los efectos indeseables del proceso. El decenio de 1970 se distinguió por la inflexión del ciclo expansivo de los centros. Fenómeno que determinó la evolución de la economía mundial en su conjunto, caracterizada desde entonces por la inseguridad en el abastecimiento de energía y otras materias primas estratégicas, por una situación de inestabilidad aguda y por tendencias inflacionarias y recesivas crónicas. De allí que a lo largo del último período no haya cesado de profundizarse la conciencia de que el crecimiento económico tiene ciertos límites. El primer informe publicado bajo los auspicios del Club de Roma sobre esta problemática contribuyó a iniciar un debate que generó una pluralidad de reacciones en el plano teórico, mientras que las acciones emprendidas por la OPEP en 1973 dieron la señal de alarma en el terreno de las realidades (Meadows, y otros, 1972; *The Ecologist*, 1972; Ward, 1973; Mesarovic y Pestel, 1974; Heilbroner, 1974; Kahn y otros, 1976; Herrera y

otros, 1976; Mishan, 1977, y Freeman y Jahoda, 1978).

Esta conciencia aparece asociada a ciertas tendencias observables en los centros, a las que se refiere la sección siguiente, y entre las cuales destacan el aumento de los costos de operación de sus sistemas productivos como consecuencia de la elevación de los salarios y del gasto público, de los cambios en las preferencias de la fuerza de trabajo y los consumidores, de la rentabilidad declinante de las inversiones y de la disminución del ritmo de innovación tecnológica, entre otras. Está asociada también al encarecimiento y la inseguridad en el abastecimiento de energía y otras materias primas industriales, y a la necesidad de afrontar crecientes costos ambientales, como consecuencia del ritmo, estilo y grado de concentración que presenta el crecimiento económico en los centros. Desde cierto ángulo, estas tendencias han traído aparejada la consolidación de un sistema transnacional basado en la gradual interpenetración de las sociedades nacionales. Desde otro punto de vista, se trata de factores que están incidiendo en la pérdida de capacidad competitiva de un número creciente de actividades económicas en los países industriales, y que presionan en favor de cambios en la antigua división internacional del trabajo.

De allí que estos factores estén alterando los términos en que tradicionalmente se han planteado las relaciones centro-periferia. Hasta ahora esas relaciones se habían planteado en términos de los intereses conflictivos existentes entre dos grupos de países que ocupaban una posición bien definida en la división internacional del trabajo. Dentro de este esquema, los países en desarrollo luchaban por mejorar su participación en la distribución de los beneficios derivados de las relaciones económicas internacionales, procurando que los países industrializados adoptaran medidas de carácter concesional o preferencial orientadas a promover un proceso de transferencia unilateral de recursos hacia la periferia. No había una conciencia clara de que el bienestar de cada uno de estos dos grupos de países dependía, en alguna medida, del progreso de todos y del funcionamiento de la economía mundial en su conjunto. La profundización de las relaciones de interdependencia entre todos los países del mundo

está determinando que en la actualidad las relaciones entre el centro y la periferia tiendan a plantearse en términos que hagan posible complementar aquel proceso de transferencia de recursos, en que hasta ahora se ha concentrado la atención del tercer mundo, mediante un esfuerzo encaminado a la identificación de áreas de intereses mutuos que sirvan de base para desarrollar acciones recíprocamente ventajosas, donde la confrontación ceda terreno a la negociación.

Este proceso, que por supuesto no está exento de conflictos y que requerirá arduas negociaciones, supone la introducción de reformas más o menos profundas en la economía mundial cuya estructura actual está orientada en favor de los países industrializados.

La evolución de las relaciones centro-periferia, que acaba de esbozarse, obedece a los cambios que principalmente a lo largo de los últimos quince años se han registrado en los dos segmentos del sistema.

II

Transformaciones estructurales en los centros

Ya se ha señalado que durante los últimos decenios el sistema internacional se caracterizó por el fortalecimiento de las relaciones transnacionales en todos los niveles. Este fenómeno se debió en buena medida al hecho de que a la internacionalización del comercio siguió la internacionalización del ciclo productivo. Uno de los principales agentes de dicho proceso fue, por cierto, la corporación transnacional, que se expandió aceleradamente durante ese período, y cuyo crecimiento fue estimulado por la tendencia hacia la conglomeración vertical u horizontal de actividades productivas bajo una misma firma, esto es, ya sea a través del control de las actividades correspondientes a toda la cadena del ciclo productivo o de actividades distribuidas a lo largo de una amplia gama de ramas industriales. Ya a fines de los años sesenta el valor de la producción de las subsidiarias de empresas transnacionales localizadas en los países de la OECD superaba el valor representado por el comercio exterior de esos países. Entre 1955 y 1970 las 500 firmas industriales más grandes del mundo, de acuerdo con la revista *Fortune*, aumentaron su participación en los beneficios globales de las actividades industriales de un 40% a más del 70%. La participación de las firmas estadounidenses localizadas en el extranjero en las ganancias globales de las empresas de ese país aumentó del 7% en 1960 a alrededor de un 30% a mediados del último decenio, un período a lo largo del cual la

participación de las inversiones estadounidenses en el extranjero dentro de la inversión global de ese país aumentó en proporciones similares (Barnet y Müller, 1974 y Müller, 1977-78).

Se asiste así a la formación de un sistema transnacional basado en vínculos que con frecuencia desbordan los cauces clásicos de los Estados nacionales. Dicho fenómeno se asentó sobre una especie de comunidad transnacional inspirada por un conjunto de valores, objetivos, calificaciones profesionales, patrones de consumo, símbolos de status y formas de vida semejantes. Se completa por fin este proceso con la aparición en el escenario internacional de un creciente número de actores, corrientes de opinión y centros de influencia que operan a través de las fronteras nacionales. Su resultado más obvio es la profundización de las relaciones de interdependencia entre todos los pueblos del mundo, un fenómeno cuyos alcances se señalarán someramente más adelante. De hecho, el desarrollo de cada país depende cada vez más de los recursos, mercados, actitudes, políticas, sistemas de vida y valores culturales predominantes en otras sociedades, y sus estilos de desarrollo se encuentran cada vez más determinados por las tendencias prevalecientes en el sistema transnacional en su conjunto (Sunkel y Tomassini, 1980).

Es ese sistema el que —como se anticipaba— a juicio de muchos observadores de la realidad contemporánea muestra signos de es-

tar haciendo crisis, al menos en la medida en que se reconozca el carácter ambivalente que posee toda crisis, según la feliz y conocida fórmula con que dicho concepto fuera definido por José Medina Echavarría cuando se refiere a ella como para indicar un estado de transición, que no excluye tanto su recuperación y fortalecimiento, como su definitiva descomposición y ruina.

También se ha anticipado ya que a lo largo del decenio pasado no cesó de profundizarse la conciencia de que el crecimiento económico tiene ciertos límites. Esa toma de conciencia fue estimulada por las tendencias recesivas e inflacionarias observables en los centros, vinculadas con la elevación de los costos productivos y la pérdida de capacidad competitiva de sus aparatos productivos, en un número cada vez más importante de sectores. El resurgimiento y el alto grado de fluidez e interconexión de los mercados financieros internacionales, no sujetos a la regulación de autoridad alguna, contribuyeron a acelerar la propagación internacional de las perturbaciones económicas. La incertidumbre reinante en materia de abastecimientos y precios en el campo energético —así como en el de otros insumos industriales clave— contribuyó a agravar una situación de inestabilidad internacional que refuerza las tendencias recesivas e inflacionarias ya anotadas.

De acuerdo con un informe reciente de la UNCTAD, elaborado a partir de consultas efectuadas a diversos niveles, la economía internacional continuará presentando sombrías perspectivas. Después de una recuperación débil e incompleta con respecto a la aguda recesión de los años 1974-75, en 1979 la economía mundial entró en una nueva fase de declinación que presumiblemente se intensificará en 1980, confiándose en un incierto repunte hacia 1981. Según dicho informe, los países de la OECD experimentarán un crecimiento de sólo 1.1% en 1980 y tal vez de 2.7% en 1981, en lugar del 3.3% registrado en 1979; los países socialistas por su parte no excederán el 4% en 1980-81, y los países en desarrollo tendrán dificultades para crecer por sobre el 5% al año durante el mismo período (UNCTAD, 1980).

Esta situación de estancamiento, y las diferencias con que se presenta en los países desa-

rollados y los países en desarrollo, avalan aquella tendencia a la dispersión del poder económico mundial a la que antes se hizo alusión, una tendencia que, por una parte, se ha traducido en el debilitamiento de la posición relativa de los Estados Unidos frente al Japón y la Comunidad Económica Europea y, por la otra, en una creciente competitividad de los países en desarrollo relativamente más avanzados frente a los países industrializados.

Tres órdenes de factores, fundamentalmente, empujan en esta dirección dentro de las sociedades desarrolladas: la aparición de una serie de cuellos de botella por el lado de la oferta, el surgimiento de una serie de rigideces estructurales dentro de sus respectivos sistemas económicos, políticos y sociales, y la transformación de los valores y las demandas prevalentes en esas sociedades.

Mucho se ha especulado acerca del primero de los factores anteriormente señalados a través de una frondosa literatura que, en parte, ya ha sido mencionada. Dentro de ella cabe destacar aquí los últimos y considerablemente remozados escritos de Walt W. Rostow (1978 y 1979). De acuerdo con su análisis, la economía mundial estaría entrando en una quinta etapa ascendente de la curva de Kondratieff,⁸ caracterizados por la emergencia de un desequilibrio entre los requerimientos del proceso de expansión económica, de un lado, y la oferta de alimentos, materias primas e insumos disponibles para sostener ese proceso, del otro, así como por un alza correlativa de sus precios. El primero de esos ciclos se habría producido a fines del siglo XVIII, provocado por la ruptura de la ecuación entre la población y el suministro de alimentos que siguió a la revolución francesa y a las guerras napoleónicas, lo que suscitó los pesimistas vaticinios de Malthus y Ricardo. El segundo de aquellos ciclos se habría centrado en torno al futuro de las reservas de carbón en Gran Bretaña, a mediados del siglo XIX, inspirando las admoniciones de Jevons encaminadas a propiciar una reducción del ritmo de cre-

⁸De acuerdo con los escritos del economista ruso N. B. Kondratieff quien sugirió en los años veinte que las economías capitalistas estaban sujetas a ciclos largos, de unos cuarenta a cincuenta años de duración, caracterizados por la aparición de limitaciones por el lado de la oferta.

cimiento tanto en su país como en el continente. Con anterioridad a la segunda guerra mundial habrían surgido nuevamente desafíos similares representados, de acuerdo con el análisis de Keynes, por la "tendencia a que una determinada unidad de productos manufacturados permitiese adquirir una cantidad cada vez menor de materias primas cada año ... y a que las ventajas comparativas del comercio internacional se moviesen en contra de los países industrializados". Un cuarto ciclo, de rasgos parecidos, habría caracterizado el período que siguió a la segunda guerra mundial. La evolución de la economía internacional a partir de los años setenta representaría la aparición del quinto de estos ciclos.

"Los sectores líderes para las generaciones futuras, tal como en otros períodos con precios relativamente altos para los productos básicos, van a encontrarse en campos relacionados con los recursos naturales: generación de energía, conservación de la energía, expansión y conservación de las materias primas, desarrollo y conservación de las reservas de agua, agricultura (notablemente en las regiones en desarrollo), transporte, control de la contaminación, e investigación y desarrollo, a lo largo de un amplio frente relacionado prioritariamente con los recursos naturales. Para generar la expansión de las inversiones requeridas en estos sectores se necesitarán cambios considerables en las políticas públicas, tanto para crear escenarios en los cuales la inversión privada pueda expandirse apropiadamente, como para generar los fondos públicos de inversión necesarios aquí donde el sector privado no pueda hacer este trabajo." (Rostow, 1979, p. 49.)

La aparición de estos cuellos de botella desde el punto de vista de la oferta constituiría, por una parte, el precio natural de un prolongado período de expansión y auge de las economías industrializadas y han suscitado, por la otra, al conocido debate en torno a los límites del crecimiento ya varias veces mencionado.

El segundo grupo de factores determinantes de la interrupción y crisis del proceso de expansión de la economía transnacional contemporánea, que operan en el interior de las sociedades industriales, apunta a la existencia de una serie de rigideces estructurales que se fueron incorporando a sus sociedades como re-

sultado del comportamiento de sus variables económicas, sociopolíticas y medio ambientales, y como secuela también del prolongado período de expansión y auge del sistema. La aparición de esas rigideces ha quedado documentada en una no menos abundante literatura de entre la cual merece destacarse un reciente estudio sobre "el desarrollo futuro de las sociedades industrialmente avanzadas en armonía con el de los países en desarrollo" promovido por la OECD (1979). Entre ellas conviene destacar algunas.

Entre las limitaciones macroeconómicas surgidas durante el período se ha señalado, en primer lugar, la insuficiencia de la inversión, originada en la caída de las tasas de rentabilidad en la mayor parte de los países desarrollados, en el incremento de la incertidumbre y los riesgos derivados de circunstancias económicas, políticas y sociales, y en el aumento de la capacidad ociosa como consecuencia de las tendencias señaladas. Se registra, en segundo término, la acumulación de ingentes déficit de balances de pago por parte de varios países industrializados que desempeñan un papel predominante en el sistema y que para reducirlos se ven presionados a limitar sus tasas de crecimiento. En tercer lugar deben contabilizarse ciertos cambios registrados recientemente en las pautas del comercio internacional, tales como la caída de la relación entre el comercio y el producto mundial, modificaciones en la participación relativa de los distintos países y la mayor sensibilidad del comercio internacional ante las políticas nacionales, dentro de un peligroso contexto neoproteccionista. Por último, aunque no menos importante, debe mencionarse el crónico brote inflacionario.

Ciertas limitaciones sociopolíticas al crecimiento también se mencionan entre aquellas rigideces. No por contradictorias son menos decisivas las que provienen de la evolución de la fuerza de trabajo en los países industrializados: en esa evolución no sólo se debe registrar su crecimiento (que probablemente se tornará en escasez dentro de un futuro cercano), sino también los cambios en la oferta derivados de sus mayores calificaciones, la mutación de las preferencias de quienes buscan trabajo y las rigideces generadas por la protección otorgada a ciertos sectores por la organización sindical o

por políticas gubernamentales, todo lo cual se traduce en formas de desempleo específicas y presumiblemente transitorias. También se menciona la llamada "esclerosis institucional" perceptible en los países industrializados, derivada de la oligopolización de grupos de productores que ejercen su poder económico o político para postergar innovaciones o impedir cambios en la asignación de recursos que puedan amenazar sus posiciones, frente a la débil capacidad para asociarse de los consumidores. Los mismos analistas señalan, entre las fuentes de tales rigideces, el crecimiento de la intervención gubernamental a través de la proliferación de medidas reguladoras, el aumento del gasto público o la creciente participación estatal en actividades industriales, tendencia agravada por la progresiva incapacidad de los gobiernos para coordinar sus políticas, consecuencia a su vez de su compromiso con un número creciente de objetivos sociales.

La necesidad de controlar o corregir el impacto causado por determinadas actividades económicas sobre el medio ambiente físico, como consecuencia de la contaminación o de supresión sobre los recursos naturales, implica también costos adicionales en los cuales no nos detendremos aquí por las razones ya señaladas.

Una última categoría de factores que está incidiendo en la transformación y crisis del sistema transnacional contemporáneo se refiere a la profunda mutación de los valores o preferencias sociales que está experimentando un número creciente de grupos y sectores en el interior de las sociedades avanzadas. Desde la 'sociedad post-industrial' de Bell (1973-1976) hasta la sociedad "hecha a la medida" que según Toffler habrá de suceder a la era de la producción masiva (1980), pasando por el ataque al gigantismo de los sistemas económicos y sociales de los países industriales que lanzó Schumacher bajo el slogan de *small is beautiful* (1973), son numerosas las imágenes que la ciencia social de los países nórdicos nos ofrece para interpretar su transición y crisis. Esta transformación de los valores implica, por supuesto, cambios en la orientación de las demandas predominantes en esas sociedades. Dichas demandas no solamente incluyen aquellas que determinan el tipo de bienes y servicios

que se espera del sector formal de sus sistemas productivos; se refieren también a aquellas necesidades atendidas a través del sector informal de sus economías, tales como el requerimiento de transporte para mantener la vinculación entre los parientes en sociedades caracterizadas por una estructura familiar dispersa, o la demanda por facilidades recreativas en comunidades que asignan una importancia creciente al empleo del tiempo libre y al esparcimiento. Incluyen también otras demandas cuya satisfacción depende de ciertos procesos no económicos, así las exigencias de afirmación personal, participación comunitaria y realización espiritual, cuya importancia también se está incrementando en las sociedades industriales.

Uno de los aspectos más originales e iluminadores del reciente estudio de la OECD antes mencionado consiste en su relevamiento de las preferencias expresadas por los diversos grupos sociales, de acuerdo con una categorización que los divide en valores materialistas y postmaterialistas, incluyendo entre los primeros la preferencia por la seguridad y la defensa nacional, el crecimiento económico, la estabilidad de los precios, la adquisición de bienes durables y el mantenimiento de la ley y el orden; entre los segundos, la apreciación por el embellecimiento de las ciudades, la protección de la naturaleza, la construcción de una sociedad donde "las ideas cuenten más que el dinero", una estructura comunitaria menos impersonal y un mayor sentido de participación a nivel comunitario, laboral y político. De esta encuesta resulta que a los clivajes en torno a la distribución del ingreso y del poder, característicos de las sociedades industriales a lo largo de la primera parte del siglo XX, vienen a añadirse nuevas fragmentaciones entre una visión materialista y una visión postmaterialista de la vida, siguiendo fundamentalmente distinciones de sexo, edad y profesión, en que un número aún minoritario pero particularmente activo de grupos sociales manifiesta su preferencia por este último conjunto de valores.

Resulta por demás visible la vinculación existente entre el cambio de los valores prevalentes en las sociedades industrialmente avanzadas y la posibilidad de mantener el ritmo y estilo de crecimiento que conocieron esas sociedades.

Las tres categorías de factores antes señaladas han sembrado elementos de crisis en el sistema transnacional contemporáneo y han tornado más difícil que éste pueda incorporar los cambios estructurales que requiere para adaptarse a las nuevas circunstancias y para permitir que los grandes países industriales puedan seguir creciendo al mismo ritmo que antes, preservar sus estilos de desarrollo y mantener su posición competitiva en el sistema internacional. La necesidad de políticas de ajuste de tipo estructural ha pasado a constituirse, en todo caso, en la preocupación dominante en el escenario internacional contemporáneo.

Acerca de la naturaleza estructural de los cambios requeridos en dichas sociedades, y para continuar citando fuentes insospechadas de parcialidad en favor del método de análisis utilizado desde un comienzo por el pensamiento de la CEPAL a este respecto, permítasenos recordar que en un libro que le fuera encomendado por el Council on Foreign Relations, Lincoln Gordon concluye sosteniendo que su tesis central "consiste en que esos tipos de políticas de crecimiento estructural son ya de la más grande importancia en la mayor parte de las economías nacionales, las que habrán de volverse cada vez más importantes, e intervendrán de modo creciente en las relaciones económicas y políticas internacionales" (1979). Podemos pasar así a extraer ciertas conclusiones basándonos en testimonios cuyo origen intelectual nos resulta más cercano.

La primera alude a la ampliación del margen de autonomía del que podrían beneficiarse algunos países en desarrollo dentro del marco del sistema transnacional contemporáneo, como consecuencia de los elementos de estancamiento y crisis del sistema. "Desde esta perspectiva debe destacarse que la autonomía potencial de América Latina frente al mundo externo se ha ampliado sustancialmente en los últimos lustros", concluye un estudio sobre el sistema trilateral y América Latina, donde se señalan entre las causas de este fenómeno la dispersión del poder económico en la economía mundial y "el considerable desarrollo y potencial de acumulación y cambio tecnológico alcanzado en buena parte de la región" (Ferrer, 1979, p. 102).

La segunda tiene relación con un fenóme-

no ya señalado, y sobre el cual se volverá más adelante, que es la disminución de la competitividad de los países industriales frente a ciertos países en desarrollo en un número cada vez más numeroso de sectores. Se trata de tendencias que están trabajando en favor de cambios más o menos profundos en la antigua división internacional del trabajo, y que están posibilitando un proceso de redistribución de actividades económicas a nivel global, cuya magnitud sería difícil conjeturar para los próximos años. Resulta interesante citar, en este sentido, la apreciación de uno de los miembros latinoamericanos de la Comisión Brandt al referirse a este fenómeno. "Lo que ha sido para mí más sorprendente es que la forma como Europa Occidental (y también el Japón) percibe en el mundo, y sus relaciones con los países en desarrollo, estriba en su sensación de estar perdiendo sistemáticamente sectores industriales en los cuales antes creían tener la primacía, debido a la competencia proveniente de algunos países en desarrollo. Es así como uno escucha el relato de cómo Gran Bretaña o algunos países de Europa Continental, que ya habían aceptado el desmantelamiento de su industria textil, se ven enfrentados hoy a la necesidad de aceptar que están perdiendo competitividad frente a los que ellos llaman los nuevos países industrializados, o los países avanzados en vías de desarrollo, en sectores enteros como el de la siderurgia o el de los astilleros. Están teniendo que cerrar esas actividades, de nuevo no ya por razones coyunturales, sino porque la capacidad para llevarlas a cabo se ha ido trasladando a algunos países en vías de desarrollo que pueden ofrecer no solamente el incentivo de costos más bajos sino también, lo que es más sorprendente, una tecnología más avanzada ... es decir, no se trata ya del viejo problema que se discutía en los años cincuenta o sesenta en torno a las perspectivas de una competencia industrial basada en salarios bajos, sino de una competencia basada en la utilización de tecnologías y equipos más avanzados por parte de los países en desarrollo" (Botero, 1979).

En el mismo simposio donde se formularon estas apreciaciones,⁹ después de caracteri-

⁹Seminario sobre América Latina y el Nuevo Orden Económico Internacional, CPU y RIAL, Viña del Mar, 7-11 de enero de 1979.

zar las tres alternativas que a su juicio podría seguir la evolución del orden mundial en el futuro, Helio Jaguaribe señalaba como la más probable —aunque no más acorde con sus predilecciones— la del “culturalismo céntrico de carácter omnicompreensivo”. Y añadía que “ese proceso de incorporación por aculturación (a semejanza del mundo clásico) se está abriendo gradualmente hacia la periferia” (1979, p. 43). He aquí la tercera conclusión y la más general a que nos lleva esta lectura de las tendencias observables en los centros industriales.

Una conclusión a la cual en sus últimos escritos ya había llegado José Medina Echavarría cuando, a partir de la comprobación de que “los comienzos de la recesión económica en los grandes países industriales marchan paralelos

con el inicio de la distensión”, exploraba las perspectivas de las relaciones externas de los países latinoamericanos dentro de aquel nuevo escenario. Porque a su juicio, desde el punto de vista de estos países, dentro del “horizonte más abierto” que se vislumbra en dicho escenario, “no puede dudarse de que la *détente* abre posibilidades de nuevas opciones no limitadas a la alternativa entre los modelos principales”. Lo que lo llevaba a concluir que, alentados por el nuevo clima de permisibilidad internacional para manejar en forma más autónoma su propio destino, “las oportunidades que se les abren pueden ser por eso lo mismo promisorias que desfavorables”, conclusión que se adoptará en la última parte de estas notas (1976, pp. 49 a 52, *passim*).

III

Cambio y diferenciación en los países de la periferia

El notable ritmo de crecimiento que registró un número cada vez mayor de países en desarrollo a lo largo de los últimos veinticinco años, y su progresiva integración en la economía internacional, provocó profundos cambios en sus sistemas económicos, políticos y sociales así como en sus relaciones con los países industrializados.

Ya se ha señalado que, a comienzos de los años cincuenta, nadie cifraba grandes esperanzas en que el desarrollo de los países de la periferia pudiera ser inducido por estímulos provenientes de los mercados externos, y marchara paralelo con su gradual integración en la economía mundial, propiciándose en cambio la adopción de políticas de industrialización por sustitución de importaciones y de mecanismos encaminados a regular los mercados internacionales de materias primas.

Durante las primeras etapas de su industrialización, muchos países en desarrollo procuraron sustituir importaciones de manufacturas con producción interna, particularmente en el caso de América Latina. A través de la sustitución de importaciones se procuraba incrementar la proporción del consumo nacional satisfecha con productos locales. Entre los moti-

vos inmediatos para adoptar esta estrategia se contaban las crónicas crisis de balances de pagos por las que atravesaban los países en vías de desarrollo debido a su situación estructural de estrangulamiento externo; dicha estrategia obedecía también a los objetivos políticos que perseguían los gobiernos nacionales a largo plazo. En efecto, por una parte, se esperaba que la sustitución de importaciones permitiera reducir las erogaciones en moneda extranjera e incrementar la autonomía de esos países; por la otra, aquella estrategia suministraba a las élites gobernantes un camino para satisfacer las presiones generadas por los sectores sociales cuyo poder de negociación aumentaba como consecuencia del propio proceso de desarrollo a través de una política llamada a fomentar al mismo tiempo el crecimiento, la distribución del ingreso y el empleo.

Esta estrategia implicaba, fundamentalmente, un esfuerzo por arrebatar el mercado doméstico a los productores extranjeros. En la medida en que la demanda interna pudiera permitir la creación de nuevas industrias que algún día —y esta consideración ha pasado a ser hoy muy importante— podrían llegar a ser competitivas con los productores externos despla-

zados, fue posible justificar los niveles de protección aplicados, utilizando los argumentos esgrimidos en favor de la industria incipiente en el pasado. Naturalmente, en la medida en que esta última condición no se cumpliera, la estrategia de sustitución de importaciones debía chocar con ciertos límites. En otras palabras, o bien la industria comenzaba a generar las divisas requeridas para su ulterior desarrollo, o su ritmo de crecimiento se ajustaba a las disponibilidades de medios de pago sobre el extranjero generados por la producción primaria, a la que en ciertos casos se había asignado una segunda prioridad dentro del marco de esas estrategias. En la práctica, por lo general a través de ellas sólo se sustituyó la importación de bienes de consumo por la de bienes de capital e insumos requeridos para el funcionamiento y la expansión de los nuevos parques industriales.

Con el tiempo, muchos países admitieron que la propensión a utilizar divisas sin generarlas no es inherente a la actividad manufacturera, y uno tras otro llegaron a la conclusión de que era necesario poner menos énfasis en la protección y atribuir más importancia a la eficiencia, a la competitividad y al fomento de las exportaciones. Con una aguda capacidad de anticipación, uno de los autores que ha desarrollado este análisis con mayor claridad, concluye de la siguiente manera uno de sus primeros trabajos acerca del tema.

“Es probable que los responsables de formular políticas reconozcan crecientemente este acertijo y adopten políticas de promoción de exportaciones. Esta transformación en las políticas colocará las restricciones comerciales impuestas por los países industrializados en el centro del escenario, y hará del comercio, no la ayuda, el punto focal del debate económico internacional (Schydrowsky, 1974).”

Desde mediados de los años sesenta —y aún desde antes en los casos de Estados insulares o ciudades Estado que carecían de otra alternativa— comienzan a ensayarse así, con distintos ritmos y bajo diversas modalidades, nuevas estrategias basadas en la liberalización del mercado interno y en la apertura al exterior de esas economías.

Aunque por su formación teórica, su edad o su falta de visión histórica, muchos especialistas han querido ver en esta transición una pug-

na entre escuelas rivales, con la perspectiva que proporciona el tiempo seguramente podrá apreciarse mejor ahora que en la práctica estas etapas no se plantearon entonces como alternativas, sino más bien como procesos complementarios. Para muchos países del tercer mundo, la estrategia de sustitución de importaciones significó la única opción válida en determinado momento de su historia, considerando la etapa de desarrollo que vivían y la existencia de una adversa coyuntura externa. Muchas veces ella sirvió de base no sólo a su industrialización sino también a la consolidación de sus propias nacionalidades. Por otra parte, no sólo no se advirtió en su momento una necesaria contradicción entre los mercados internos y externos, sino que los primeros sirvieron con frecuencia de trampolín para llegar a los mercados internacionales. Si bien es cierto que hubo cambios en las estrategias de crecimiento y en las formas de relacionamiento externo de los países en desarrollo durante el período señalado, como sabiamente se ha encargado de recordarlo un informe reciente de alto vuelo, no es menos cierto que dichos cambios no ocurrieron de la noche a la mañana.

“No era posible realizar esos cambios en forma repentina; pero desde los años sesenta muchos países en desarrollo han evolucionado hacia estrategias encaminadas a promover las exportaciones y a compensar las desventajas derivadas del aislamiento de sus mercados nacionales... Cierta número de países que han introducido políticas orientadas hacia las exportaciones fueron capaces de explotar sus ventajas comparativas en los mercados mundiales. Entre ellos se incluyen algunos países latinoamericanos con una relativamente larga historia de independencia nacional y algunas islas y ciudades Estado cuyas economías se vieron obligadas desde un comienzo a depender de la demanda externa. Una vez que la industrialización hubo echado raíces, no sólo las industrias intensivas en mano de obra, como las del vestuario o el cuero, sino también ciertas industrias moderadamente intensivas en capital, como la electrónica, la de acero y la construcción de barcos, se han tornado altamente competitivas en los mercados internacionales (Independent Commission on International Developing Issues, 1980, p. 164).”

Como resultado de estas estrategias, según recuerda el mismo informe en líneas generales, la participación de las manufacturas en las exportaciones totales de los países en desarrollo (excluyendo el petróleo) fue aumentando del 10% en 1955, al 20% diez años más tarde, y cerca del 40% en 1975. Es evidente que este auge de las exportaciones expresa transformaciones más complejas experimentadas por economías que alcanzaron etapas intermedias de desarrollo; también es cierto que se concentró en un número todavía limitado de países. Lo anterior nos lleva a referirnos, aunque sea en líneas generales, al creciente proceso de diferenciación registrado durante los últimos años entre los países periféricos y a la situación de los países de desarrollo intermedio entre ellos.

La literatura sobre el tema se ha multiplicado en los años recientes. El informe preparado por el Banco Mundial en 1978, como el primero de una serie de informes anuales sobre la evolución de la economía internacional, puede proporcionar un punto de partida útil, aunque controvertible, para abordar el tema (BIRF, 1978).

“El crecimiento de los países en desarrollo ha sido espectacular durante los últimos veinticinco años [de acuerdo con la apreciación contenida en la página 3 de ese informe]: su ingreso per cápita ha aumentado en casi el 3% anual, registrando una aceleración de la tasa anual de crecimiento de alrededor de 2% en el decenio de 1950 a 3.4% en 1960. A pesar de lo poco que se conoce acerca de la experiencia de estos países antes de 1950, se trata de una mejora sustancial en comparación con los antecedentes históricos. Además, esos resultados son sumamente favorables cuando se comparan con las tasas de crecimiento logradas durante el período de industrialización por los que ahora son países desarrollados.” Pero el informe comprueba, a renglón seguido, que hubo notables diferencias en los resultados obtenidos por los distintos países en desarrollo durante ese período. “Las tasas de crecimiento han sido en general menores en los países de bajos ingresos de África y Asia, donde vive la mayoría de los pobres del mundo. En aquellos que representan la mitad de la población del mundo en desarrollo, el ingreso per cápita ha aumentado a una tasa inferior al 2% anual.”

Cabe destacar, entonces, la gran heterogeneidad que presentan los países en desarrollo desde el punto de vista del tamaño de sus economías, sus niveles de ingreso, su dotación de recursos, su estructura económica, sus formas de organización, su capacidad técnica y sus vinculaciones con la economía mundial. Así pues resulta legítimo distinguir, por lo menos, entre: a) los países exportadores de petróleo, b) los países menos desarrollados que constituyen el llamado ‘cuarto mundo’ y c) los países que alcanzaron etapas intermedias en su proceso de desarrollo.

El informe del Banco Mundial adopta el ingreso per cápita como indicador fundamental para distinguir entre estas dos últimas categorías de países. Entre los de bajos ingresos incluye a aquellos con un ingreso anual per cápita de hasta US\$ 250, considerando a los demás como países de ingresos medios. No obstante su claridad, resalta la insuficiencia de este indicador para caracterizar a los países en función de sus diversas etapas de desarrollo. Dicho criterio permite sumar, dentro de esta última categoría, a países que aún son predominantemente rurales y en donde la proporción importante de su población vive aún en un nivel de subsistencia como Bolivia, Egipto y Tailandia, con otros tales como Venezuela, Singapur y algunas naciones de Europa meridional, que tienen un ingreso medio por habitante de más de US\$ 2.500. Entre los países de bajos ingresos también existen grandes diferencias: el propio Banco Mundial distinguió posteriormente dentro de ellos entre economías mineras y naciones predominantemente agrícolas (BIRF, 1979).

En otros análisis se toma en cuenta, además del nivel de ingreso per cápita, la importancia de las manufacturas como porcentaje de las exportaciones totales, el valor per cápita de las exportaciones industriales y la participación de ‘productos complejos’ en dichas exportaciones. Entre los productos industriales ‘simples’ suelen incluirse los textiles, el vestuario y el calzado, así como productos químicos que fundamentalmente son el resultado de un procesamiento elemental de otros productos primarios; los restantes bienes industriales son considerados como ‘complejos’.

Constituye un común denominador de to-

dos estos países el hecho de que todos poseen un potencial de crecimiento considerablemente superior al de los menos desarrollados y, por consiguiente, mayores oportunidades para elevar el nivel de vida de los pobres, oportunidades que no están exclusivamente concentradas en el sector rural. Otro rasgo radica en la elevada tasa de crecimiento de sus exportaciones industriales durante los últimos quince años y en su acceso cada vez mayor al crédito internacional durante el período más reciente. Debido a estas últimas circunstancias, su desarrollo depende mucho más estrechamente del comercio internacional y de los mercados mundiales de capital que los países más pobres, y sus economías son por tanto mucho más sensibles a las tendencias observables en los países industrializados.

El hecho es que, durante los últimos años, algunos países de América Latina, Asia y Europa meridional y oriental se han desarrollado rápidamente como productores de manufacturas muy competitivas en los mercados internacionales. Este fenómeno, descrito a veces como "la emergencia de dos o tres Japones" en el campo comercial, está adquiriendo una importancia cada vez mayor. La literatura anglosajona los denomina *newly industrializing countries* (NIC's) o "países de industrialización reciente". Ellos figuran en el siguiente cuadro.

PAISES DE INDUSTRIALIZACION
RECIENTE

Filipinas	Argentina	España	Hungría
Hong-Kong*	Brasil*	Grecia	Polonia
India	México*	Israel	Rumania
Irán		Malta	
Corea del Sur*		Portugal*	
Malasia		Turquía*	
Pakistán		Yugoslavia*	
Singapur*			
Tailandia			
Taiwan*			

*Países considerados dentro de esta categoría por la OCDE. El resto aparece en un estudio del Foreign Office, del gobierno del Reino Unido (1979).

Estos países en rápida industrialización son considerados por las naciones desarrolladas como competidores cada vez más serios, no sólo en sus propios mercados, sino también en los de terceros países, a lo cual debe agregarse la pérdida de los mercados de los mismos países que están expandiendo sus exportaciones en la medida en que al mismo tiempo apliquen políticas de sustitución de importaciones. De hecho, la proporción de las importaciones de manufacturas efectuadas por los países de la OCDE, provenientes de estos países en rápido proceso de industrialización, aumentó de 2.6% en 1963 a 8% en 1976, y continúa aumentando a un ritmo intenso. El recrudescimiento del proteccionismo en los países desarrollados es consecuencia de este proceso.

Es cierto que los beneficios derivados del incremento de las exportaciones industriales se distribuyen en forma muy desigual dentro de la periferia, debido a las disparidades señaladas, y que los países de desarrollo intermedio tienden a absorber una proporción desmesuradamente alta de ellas. Sin embargo, debe tenerse presente que el desarrollo es un proceso dinámico, y que es probable que un número cada vez mayor de países pueda alcanzar las condiciones necesarias para participar en dicho proceso. En tal sentido, los países de desarrollo intermedio estarían indicando el camino que en el futuro podrían seguir otros países en desarrollo.

También es evidente que las oportunidades que estuvieron encontrando los países en desarrollo en materia de industrialización y comercio de manufacturas podrían verse restringidas por el rebrote del proteccionismo en los países industrializados. Pero también es posible que, en definitiva el "velo proteccionista", que a corto plazo, ciertamente plantea esta amenaza sólo esté encubriendo fuerzas que al cabo de un plazo más prolongado podrían operar en favor de una división internacional del trabajo más equilibrada. Dentro de este contexto quisiéramos retomar nuestra discusión preliminar en torno a los cambios que pudieron haberse producido en las relaciones centro-periferia durante los últimos quince años.

IV

La internacionalización de la economía mundial y las relaciones centro-periferia

Al comienzo se planteaba una interrogante sobre la validez actual de algunas hipótesis interpretativas sobre la dirección que, probablemente, seguirían las relaciones centro-periferia, basadas en la experiencia del período de postguerra, y entre las cuales, para retomar la argumentación, privilegiaremos aquella que postulaba una tendencia irreversible hacia la desarticulación de los países periféricos frente a la economía internacional. Se trataría de averiguar si la evolución de dichos países se orientó hacia la profundización del 'crecimiento hacia adentro' que muchos de ellos persiguieron, y que constituía la respuesta a la tendencia señalada, o si en razón de los cambios producidos durante los últimos años en los dos segmentos del sistema se ha dado un fenómeno inverso de 'internacionalización' de sus economías. En torno a esta cuestión Aníbal Pinto hizo recientemente aportes medulares (1979).¹⁰ Si bien la solidez de aquel trabajo justificaría que nos limitáramos a comentar los antecedentes que contiene y las conclusiones a las que arriba, la novedad del fenómeno y la ambigüedad del concepto determinan la perduración de algunas perplejidades e impulsan a seguir reflexionando en torno al actual proceso de internacionalización de aquellos países, proceso que podría tener significados muy diversos según se lo conciba como una "reanudación de la marcha histórica" de los países periféricos hacia su incorporación en la economía internacional o como el surgimiento de una aún mal definida relación de interdependencia entre todas las economías del mundo.

Cualquiera sea el significado del proceso, y la naturaleza benéfica o perniciosa de sus consecuencias, es indudable que, como sos-

tiene el *Estudio Económico de América Latina 1978* en la sección mencionada al pie de esta página, "continuará el proceso de internacionalización de la economía (y de la sociedad) mundial", sin descartar la existencia de "posibilidades de retroceso o estancamiento en ese curso" (CEPAL, 1979 a, p. 1025). Simultáneamente, y en lo que se refiere a la región, el documento de la CEPAL sobre América Latina y la Nueva Estrategia Internacional del Desarrollo, al aludir a los años setenta, señala que "durante esta década se han transformado profundamente las formas de inserción de América Latina en la economía mundial y se ha intensificado el proceso de internacionalización y de vinculación con los países industriales con economía de mercado" (CEPAL, 1979, b). En el mismo sentido —y llamando la atención sobre el carácter ambivalente del fenómeno— apuntaban las reflexiones del Secretario Ejecutivo de la CEPAL durante su último período de sesiones.

"La experiencia de los últimos años demuestra que América Latina ha seguido un curso de desarrollo más abierto y entrelazado con la economía internacional. Este hecho no es nuevo, como a todos nos consta. En efecto, la gravitación de los factores externos ha sido una constante histórica en la región y, en general, en los países en desarrollo. Lo que sí es nuevo son las modalidades que ha adquirido este fenómeno. Permítasenos decir para no ser mal interpretados que consideramos que aquella evolución es positiva y necesaria para el proceso de desarrollo interno en la medida que permite proyectar hacia el exterior actividades que requieren mercados más amplios y abrir paso, en último término, a otro esquema de división internacional del trabajo. Pero debemos reconocer que no todos los efectos que se derivan de esa vinculación con la economía internacional son positivos. Hay también riesgos que deben ser identificados y que hay que tratar de reducir." (Iglesias, 1979.)

¹⁰Para una ampliación de estos aportes es útil la tercera parte del *Estudio Económico de América Latina, 1978*, de la CEPAL, titulada "La internacionalización de la economía mundial y América Latina: significados y opciones" (1979, b).

Reservando para la última sección un breve examen en torno al balance de riesgos y oportunidades que implica este fenómeno, y a las alternativas que enfrentan los países en desarrollo en lo que respecta a su estrategia externa, quisiéramos limitarnos aquí a caracterizarlo. Para ello se examinará la forma en que este proceso se refleja en la internacionalización del comercio, el financiamiento y el ciclo productivo. Por tratarse de un fenómeno nuevo, en la ponderación de los indicadores disponibles se concedió más importancia a sus aspectos dinámicos y cualitativos, que no se limitan a reflejar un estado de cosas, sino que apuntan hacia una tendencia.

Como señala de partida Aníbal Pinto, entre 1950 y 1975 el ritmo de incremento anual de las exportaciones de la periferia alcanzó al 7.6% (6.8% en el caso de América Latina). Ese ritmo contrasta vigorosamente con el registrado por las exportaciones primarias durante la fase más pujante de su crecimiento, entre 1871 y 1913, cuando se expandieron a una tasa anual de 3.5% (Ferrer, 1976, p. 23). Especial significación reviste la expansión de las exportaciones industriales de la periferia durante la última parte del período; entre 1960 y 1965 estas ventas, a precios constantes, se incrementan a un ritmo anual de 12.3%, o sea casi dos veces más rápido que sus exportaciones globales. A partir de 1960, las importaciones de manufacturas de los países desarrollados originadas en los mercados de los países en desarrollo crecieron con mayor rapidez que sus importaciones industriales provenientes del resto del mundo, y entre 1970 y 1976 sus importaciones de manufacturas de ese origen aumentaron a una tasa anual de alrededor del 14%, o sea dos veces más veloz que el incremento de sus exportaciones totales de bienes industriales y cuatro veces su propia producción manufacturera (UNCTAD, 1978). La participación de los países en desarrollo en la producción industrial mundial, estacionaria en alrededor de 7% durante los veinte años precedentes, aumentó al 9% entre 1970 y 1977.

Según varias veces se ha señalado, como consecuencia de la creciente competencia de los países en desarrollo y de los problemas que aquejan a sus economías, a partir del pasado decenio los países desarrollados comenzaron a

abandonar los principios liberales adoptados en Bretton Woods, los que habían posibilitado la extraordinaria expansión del comercio mundial y el acelerado crecimiento de las economías industriales durante el período de postguerra. Si bien el proteccionismo no es un fenómeno nuevo (había alcanzado un punto culminante alrededor de los años treinta con desastrosas consecuencias para la economía internacional y la paz del mundo) durante los últimos años ha adquirido magnitudes y características distintas. Entre estas últimas se cuentan su carácter sistemático, su permanencia y su selectividad, esto es, su aplicación discriminatoria en contra de productos que se van tornando altamente competitivos y entre los cuales se cuentan los principales bienes industriales que están en condiciones de exportar los países en desarrollo.

Como es sabido, las rebajas arancelarias acordadas por los países desarrollados dentro del marco de las negociaciones comerciales multilaterales benefician principalmente los productos de tecnología avanzada que se transan entre ellos, y se mantienen aranceles más elevados para las manufacturas que están en condiciones de vender los países en desarrollo. Ello viene a agregarse al tradicional escalonamiento arancelario según el grado de elaboración de los productos que exportan estos últimos países. Al mismo tiempo, durante los últimos años proliferaron las restricciones de carácter no arancelario, cuyos resultados son con frecuencia más efectivos o insidiosos que el de las barreras tarifarias; éstas, como es sabido, incluyen restricciones cuantitativas, que van desde la prohibición de importar determinados productos (así la carne en el caso de la CEE), hasta la imposición de cuotas (como a las frutas y legumbres en la CEE o al azúcar y, más recientemente, al acero en los Estados Unidos). Incluyen también la imposición de derechos compensatorios a las exportaciones provenientes de los países en desarrollo que los países industrializados consideran 'subvencionadas', un tipo de medidas de las cuales se ha abusado durante los últimos años, con efectos particularmente destructivos desde el punto de vista de las políticas de promoción de exportaciones que a costa de mucho tiempo y esfuerzos fueron poniendo en vigor los países en desarrollo.

También se inscriben dentro de este cuadro diversos tipos de convenios de restricción del comercio, entre los cuales destacan los llamados acuerdos de organización de mercados suscritos entre países exportadores e importadores con el objeto de limitar el comercio de determinados productos (cuyo ejemplo más conspicuo es el Acuerdo Multifibras), y las "restricciones voluntarias" que suelen convenirse bilateralmente entre el país exportador y el país importador, por imposición de este último.

Como ya se ha dicho, desde un punto de vista dinámico y a largo plazo como el que se desea adoptar aquí, detrás de este velo proteccionista se encuentra la tendencia de los países desarrollados a perder la capacidad competitiva en un número creciente de sus ramas industriales.

Lo anterior ha llevado a muchos a plantear que, sin disminuir la importancia que los países en desarrollo han asignado a la adopción de un sistema general de preferencias, tampoco deberían minimizarse los beneficios que éstos podrían obtener de una mayor liberalización del comercio internacional. Un analista atribuye la posición dubitativa que muchos países en desarrollo adoptaron frente a la rueda Tokio a su defensa de los márgenes de preferencia establecidos por el SGP. "Como de hecho —concluye el mismo autor— éstos han producido más creación que desviación de comercio, y se han aplicado en forma muy restrictiva, a los países en desarrollo en su conjunto parece que los favorecería más una reducción generalizada, permanente y no discrecional" (Perry, 1979).

Todo ello anuncia cambios drásticos en la antigua división internacional del trabajo. Sir Arthur Lewis anticipa que a mediados del presente decenio más de la mitad de las exportaciones de los países en desarrollo consistirían en manufacturas y estima que, para ello, "la supresión de restricciones a los productos industriales importados es lo más importante que podría ocurrir en el área del comercio internacional". Para él "la división del mundo entre países en desarrollo que exportan productos agrícolas e importan manufacturas y países desarrollados que hacen lo contrario está en vías de desaparecer" (Lewis, 1980, pp. 40 y 41).

La significación de esta tendencia, todavía

limitada, se ve reforzada por los acontecimientos ocurridos en el campo del financiamiento internacional. La insuficiencia de las exportaciones de los países en desarrollo para proveer a sus crecientes necesidades de importación, entre las cuales por cierto el petróleo ocupa un lugar muy destacable, de algún modo se ha visto compensada por la extraordinaria permisibilidad financiera imperante en la economía mundial. Los sólidos trabajos sobre el tema publicados en esta *Revista* hacen superfluo un recuento relativamente acucioso de estas tendencias (Massad, 1976; Devlin, 1978 y 1976 y Zahler, 1980).

Como es bien sabido, esas tendencias se refieren al explosivo crecimiento de la deuda externa de los países en desarrollo, fenómeno que estuvo acompañado de un drástico cambio en su composición en favor de obligaciones contraídas con fuentes privadas. Aunque todo ello ha desencadenado una serie de premoniciones en torno a los supuestos límites que encontraría este proceso, y a la naturaleza "aleatoria" de estos créditos en comparación con el carácter pretendidamente 'estable' de aquellos provenientes de fuentes públicas que tuvieron mayor peso relativo en el pasado, la verdad es que al menos entre las brumas de la actual coyuntura económica internacional no se divisan tales límites.

Esta apreciación se ve confirmada por el hecho de que el rápido crecimiento de la deuda externa de los países periféricos durante los últimos años no haya obedecido sólo a sus necesidades, sino también a los intereses de los propios centros industriales. La segunda mitad de los años sesenta asistió al renacimiento de los mercados internacionales de capital, bajo la forma de un pujante mercado de euromonedas, que a poco andar dio inequívocas señales de interés por operar con los países en desarrollo. El rápido incremento de los depósitos en euromonedas, el aumento del número de bancos que operaban en esos mercados y la consiguiente intensificación de la competencia entre ellos, los empujó a diversificar sectorial y geográficamente sus colocaciones para distribuir mejor sus riesgos mediante la búsqueda de nuevos clientes, y tornó elegibles a deudores que tiempo atrás no lo hubieran sido. Más adelante vino a agregarse a ello el lento crecimen-

to de la demanda crediticia en los países industrializados dentro de un prolongado cuadro recesivo. Por otra parte, las posibles reticencias de los países en desarrollo frente a los créditos privados fueron morigeradas por el hecho de que éstos eran otorgados en condiciones más liberales, tanto en lo que respecta al uso de los fondos como al grado de injerencia de los acreedores en materia de manejo de la economía de los países prestatarios. En último término, al acudir con esa aparente desaprensión al endeudamiento externo, los países en desarrollo sólo optaron por postergar los efectos recesivos derivados del aumento de los precios del petróleo y de los bienes de capital importados desde los países industriales, en lugar de aplicar recetas ortodoxas que hubieran significado la paralización de su crecimiento económico.

De acuerdo con una estimación reciente, la deuda externa de los países en desarrollo no exportadores de petróleo aumentará de 330 000 millones de dólares a fines de 1979 a 440 000 millones al término de 1981 (UNCTAD, 1980). Con respecto al futuro, en adición a las consideraciones precedentes, resulta útil tomar en cuenta una vez más las reflexiones de Arthur Lewis.

“Vista por encima ésta parece ser una situación muy precaria, y existe incluso el temor de que la incapacidad de tales gobiernos para pagar sus préstamos pueda derrumbar todo el sistema bancario internacional. Pero ¿por qué se les habría de pedir que paguen? Un banquero presta dinero para ganar intereses. Mientras el interés esté asegurado no hay necesidad de pagar el principal. El préstamo puede ser renegociado o prorrogado. Un cliente que insiste en pagar representa una molestia para el banquero y le crea el problema de encontrar un nuevo cliente... Lo que necesitamos es un flujo adecuado de financiamiento a largo plazo, de varios tipos, a través de todos los canales posibles, incluido un mercado de capital a largo plazo reabierto a los buenos prestatarios, complementado por agencias gubernamentales bilaterales y multilaterales y por inversionistas privados, en condiciones que variarán desde los préstamos a tasas de mercado hasta las transferencias no reembolsables a los países más pobres (op. cit., p. 73).”¹¹

En suma, según el mismo autor, “los países en desarrollo seguirán dependiendo del crédito externo mucho tiempo después de que hayan dejado de depender de la inversión extranjera”.

Pero entre tanto ésta continúa operando como uno de los más poderosos factores de articulación entre las economías industrializadas y las en vías de desarrollo. Según informaciones disponibles en la CEPAL, el ritmo de crecimiento de la inversión extranjera entre 1967 y 1975 fue de casi 12% anual, lo que supera la tasa de crecimiento del producto y de las exportaciones mundiales (CEPAL/CET, 1978). Para apreciar su impacto en todas sus ramificaciones, sería preciso concentrarse en su agente principal, las corporaciones transnacionales. Existen también aportes abundantes al respecto (Naciones Unidas, 1978; CEPAL, 1979 a, y Kñakal, 1979). Como ocurre con el comercio, se comprueba que durante el período referido la participación de los países en desarrollo en la inversión extranjera mundial disminuyó del 31% al 26%, mientras tales inversiones se reorientaban del sector primario al sector manufacturero y sus países de origen se diversificaban considerablemente. Aparte de que esta última tendencia contribuyó a incrementar la capacidad de maniobra de los países en desarrollo, conviene detenerse en algunos de los aspectos cualitativos que presenta en ellos el comportamiento de las corporaciones transnacionales, durante el período más reciente.

El primero se refiere a la tendencia a la ‘internalización’ de la inversión extranjera, que tiene lugar conforme ésta se desplaza

¹¹Resulta interesante comparar estas apreciaciones con las de Walter Robichek (1980) jefe del FMI para el hemisferio occidental: “Por regla general, la deuda de una nación no se reduce. Muy probablemente, un intento de reducir la deuda provocaría grandes perturbaciones económicas. Cuando los banqueros internacionales indican que están dispuestos a otorgar préstamos a un país en desarrollo en cierta escala, la interpretación que hay que dar a esta indicación es que piensan seguir ampliando el límite de préstamos al país conmensurablemente, sin límite de tiempo. Sólo así puede sostenerse el déficit en la cuenta corriente de la balanza de pagos de un país y evitarse con certeza los problemas de servicio de la deuda. El peor de todos los cursos que la comunidad financiera privada internacional podría seguir con respecto a un país en desarrollo es alternar períodos de préstamos excesivos con períodos de no concesión de nuevos préstamos (p. 16).”

desde las actividades primarias a las manufactureras, con sus conocidos efectos en cadena. Como ha recordado Aníbal Pinto, en el pasado la vinculación de las inversiones extranjeras con los países periféricos representaban un hecho "de más significación geográfica que económica", un cuadro que se ha alterado profundamente en los últimos tiempos, acrecentando lo que con expresión feliz el mismo autor denomina la "capacidad de cooptación" de la presencia extranjera en términos de determinar el comportamiento de un número creciente de agentes económicos y sectores sociales en los países receptores —lo que acentúa la internacionalización de sus economías. El segundo se refiere al fenómeno de la creciente participación de las corporaciones transnacionales en las exportaciones globales de los países receptores (sobre todo de manufacturas), después de un interregno coincidente con la aplicación por parte de éstos de estrategias basadas en la sustitución de importaciones, etapa durante la cual orientaron su producción fundamentalmente hacia el mercado interno, como lo revela el hecho de que durante la primera mitad del decenio de 1970 las exportaciones de manufacturas de dichas empresas crecieron a un ritmo de 23% anual (CEPAL, 1979, p. 193). El tercer rasgo, y el más importante, consiste en la inclinación que han mostrado las corporaciones transnacionales a internacionalizar la producción de bienes finales, instalando las actividades productivas en aquellas localizaciones que ofrecen ventajas comparativas, o para internacionalizar el 'ciclo productivo', fragmentando los respectivos procesos, a fin de elaborar los distintos componentes de los productos acabados en las localizaciones más convenientes. Todo ello ha generado un proceso de redistribución de actividades productivas que está concitando considerable atención, por más que sus resultados sean arduosamente controvertidos,¹² según ha quedado bien documentado

¹²Con respecto a la conocida apreciación según la cual estos desplazamientos responderían exclusivamente a las diferencias salariales entre el centro y la periferia, y por lo tanto no contribuirían a elevar los ingresos ni a incrementar el valor agregado de las nuevas producciones en los países receptores, se ha recordado que el crecimiento de las inversiones ha sido relativamente mayor en los centros (donde

en años recientes (Evers, 1977; ISS, 1977; Müller y Moore, 1978; Grunwald, 1978; Mukherjee, 1979, y Foreign and Commonwealth Office, Reino Unido, 1979).

Se entiende por redistribución industrial el traslado de una industria existente desde una localización a otra en respuesta a los factores del mercado o a la intervención gubernamental. Como se ha señalado, a partir del decenio de 1960 la participación de los países en desarrollo en la industrialización mundial comenzó a incrementarse y a adoptar nuevas modalidades que hicieron posible la absorción de un número cada vez más amplio de actividades industriales anteriormente localizadas en los países desarrollados, tanto en los Estados Unidos como, en forma más acentuada, en la CEE (particularmente en Alemania Occidental) y el Japón. Las ramas donde esta tendencia se advierte con mayor fuerza no sólo incluyen las industrias tradicionales, intensivas en mano de obra (como los textiles y el vestuario), sino también industrias pesadas (siderurgia, refinación, petroquímica y fertilizantes), la industria naval y la metalmecánica, y ciertas industrias contaminantes, como la industria química y la de la pulpa y el papel.

Uno de los factores que más ha contribuido a impulsar este proceso radica en la tendencia hacia la complementación o subcontratación industrial, en virtud de la cual las firmas manufactureras de los países desarrollados comparten su producción con subsidiarias o empresas independientes localizadas en los países en desarrollo, aprovechando las ventajas de que éstos disponen en materia de niveles salariales, tratamiento impositivo, disponibilidad de re-

predominan remuneraciones apreciablemente mayores) y que ellas tienden a ofrecer salarios sustancialmente superiores al promedio en la periferia, lo cual avalaría la hipótesis de que las motivaciones que explican estos desplazamientos se identifican con un conjunto más complejo de factores, en que se combinan dinámicamente la pérdida de ciertas ventajas comparativas por parte de los centros y la adquisición de nuevas ventajas por parte de la periferia. "Desde el punto de vista de las categorías marxistas podría decirse que la extracción de plusvalía relativa (condicionada por las tasas diferenciales del crecimiento de la productividad y de los salarios) ha resultado más atractiva que la correspondiente a la plusvalía absoluta, originada en la compresión de los salarios" (Pinto, 1980).

curso naturales, regulaciones ambientales menos estrictas o el otorgamiento directo de subsidios. Se ha venido desarrollando de este modo un activo intercambio de partes y piezas y una estrecha complementación entre los procesos productivos requeridos para la elaboración de los respectivos productos finales, lo

que constituye uno de los rasgos centrales del comercio internacional en la actualidad. En la práctica, de hecho, las corporaciones transnacionales dominan prácticamente la mitad del comercio mundial, gran parte del cual se realiza entre subsidiarias de la misma empresa.

V

El cambio en las relaciones internacionales de los países en desarrollo

1. *Internacionalización: apertura o interdependencia*

A partir de los antecedentes considerados corresponde extraer, aunque sea de manera muy preliminar, algunas conclusiones, las que giran en torno a la pregunta que inicialmente nos planteábamos acerca de la forma y medida en que, como consecuencia de los cambios registrados en el escenario internacional, se ha alterado el rumbo de las relaciones centro-periferia. Inicialmente nos preguntábamos más precisamente si acaso, aunque se mantengan los rasgos estructurales que caracterizaron dichas relaciones, no habrá llegado el momento de revisar ciertas interpretaciones basadas en situaciones del pasado, cuya enunciación iniciábamos mencionando la tendencia hacia la desvinculación de las economías periféricas con respecto a la economía mundial.

Parece innecesario recordar que los mismos indicadores pueden ser objeto de encontradas interpretaciones. En el caso que nos ocupa quisiéramos revelar de partida tres sesgos que favorecen a aquélla, según la cual, acicateada por las circunstancias antes reseñadas, en la presente coyuntura histórica la periferia se habría limitado a reanudar —bajo nuevas formas y con una cadencia más precipitada— el camino iniciado en el siglo XIX hacia la internacionalización de sus economías. La mayor importancia asignada a los aspectos estáticos que presentan las magnitudes sopesadas en comparación con el escrutinio de que son objeto los elementos dinámicos implicados en ellas, es-

to es, aquellos que revelan una tendencia acelerada que permite anticipar “grandes cambios” en un plazo cercano, es uno de los sesgos mencionados; entre sus manifestaciones se cuenta el mayor peso concedido a la declinante participación global de la periferia en el comercio internacional frente al vigoroso auge de sus exportaciones manufacturadas, que la está unciendo aceleradamente a aquel segmento de la demanda de los centros que presenta una mayor elasticidad o dinamismo. El énfasis en las mayores ganancias relativas de los centros en contraste con las de la periferia, en lugar de destacar las transformaciones que gran parte de esta última ha experimentado durante los últimos decenios en términos absolutos, esto es, en comparación con su comportamiento histórico, ejerce el mismo efecto, como ocurre cuando se subraya la menor participación de la periferia en las inversiones internacionales sin destacar suficientemente los drásticos cambios registrados en ellas, como el incremento, la diversificación y penetración (o capacidad de cooptación) de las nuevas inversiones en las economías de un número cada vez mayor de países en desarrollo. Por último, la inclinación a considerar que toda tendencia ‘inédita’ es ‘excepcional’, y por tanto aleatoria, completa un enfoque que tiende en cada caso a llegar a la inquietante —o intelectualmente tranquilizadora— conclusión de que no hay ‘nada nuevo bajo el sol’, como en el caso del debate en torno a la probable interrupción o continuidad de aquella fluidez financiera que ha hecho posible el extraordinario incremento y cambio que ha experi-

mentado el endeudamiento externo de los países en desarrollo durante los últimos años.

Alertados acerca de estos sesgos, cabe reafirmar la conclusión de que los indicadores anotados son expresión inequívoca de un mayor entrelazamiento de los países en desarrollo con la economía internacional —particularmente en el caso de aquellos relativamente más avanzados— y de que la tendencia a la desvinculación entre ambos segmentos del sistema, que pareció caracterizar las relaciones centro-periferia durante el período de postguerra, está siendo reemplazada por una creciente interdependencia. En el caso de nuestra región, el resumen interpretativo de un encuentro reciente organizado por la CEPAL consigna que dicha reunión se planteó la pregunta acerca de la medida en que América Latina “ha pasado a integrarse en la economía mundial, no sólo a través de sus estructuras comerciales, sino por un aumento de la inversión, de las corrientes de capital y de la deuda internacional”,¹³ arribando a la siguiente respuesta:

“La mayor diversificación de la estructura económica regional ha conducido a una relación de otra índole con la economía mundial. Los países latinoamericanos han dejado de depender de unos pocos productos primarios o agrícolas para pasar a una interdependencia más macroeconómica, compleja y entrelazada con el sistema económico mundial. La combinación de una industrialización creciente, la significativa presencia de la empresa transnacional y el reciclaje hacia la región de los excedentes de la OPEP, traducido en un mayor endeudamiento, la han llevado, en comparación con otras regiones en desarrollo, a un mayor grado de integración en la economía mundial. Esta nueva interdependencia macroeconómica plantea problemas y potencialidades, pero simultáneamente constituye una característica importante de la nueva América Latina actual,

¹³“Una nueva América Latina en la cambiante economía mundial”, encuentro organizado por la CEPAL y el Programa Latinoamericano del Woodrow Wilson International Center for Scholar, en el Belmont Conference Center, cerca de Washington, D.C., los días 25 y 26 de junio de 1979.

que explica su interés por el destino de la economía mundial” (Bradford, 1980, p. 122).

Digamos, acto seguido, que las diversas interpretaciones e incluso la resistencia que en muchos observadores provoca este fenómeno consiste en una confusión hasta ahora poco esclarecida y además agravada por la ambigüedad que rodea el concepto mismo de interdependencia.¹⁴ En efecto, este avance de la interdependencia (frente a la desvinculación) entre las economías periféricas y las economías centrales, es sinónimo o consustancial con las experiencias de ‘apertura externa’ realizadas por algunos países en desarrollo a partir de distintas épocas y desde circunstancias diferentes, como opciones pretendidamente contrapuestas a las estrategias de ‘crecimiento hacia adentro’, experiencias que en los últimos años fueron protagonizadas por un número creciente de países latinoamericanos con diversas combinaciones de pragmatismo y ortodoxia.

¹⁴Los estudios sobre la interdependencia realizados en los centros durante los últimos años —que, dicho sea de paso, han sido poco asimilados en los países de la periferia— no han logrado liberar a este concepto de dicha ambigüedad (véase principalmente en este sentido a Rosencrance y Cooper, 1968 y 1972; Rosencrance y Stein, 1976; Nye, 1976 y Keohane y Nye, 1977). Pero el fenómeno existe, y ya fue registrado por la poderosa intuición de José Medina Echavarría, cuando —refiriéndose a “un tema obsesivo de los últimos años”— planteaba “la posibilidad de que alguna vez quede anticuado el tema actual de la dependencia, por la modificación rápida o lenta de su naturaleza como dependencia hegemónica unilateral”, y de que, por lo menos intelectualmente, pudiera pensarse “en una forma inédita de esa dependencia como relación plurilateral” (op. cit., p. 57). Esbozando una caracterización desarrollada para otros fines a partir de la bibliografía señalada, podría definirse la interdependencia como el aumento de la sensibilidad que recíprocamente acusan determinadas sociedades nacionales frente a acontecimientos o tendencias registrados en otras, un fenómeno que en sus casos extremos puede traducirse en una indeseable situación de vulnerabilidad externa. El desarrollo de este fenómeno dependería, entre otras, de tres condiciones: a) el mayor grado de difusión o internalización de las vinculaciones externas de una sociedad determinada; b) la formación de una agenda múltiple y relativamente poco jerarquizada de temas cuyo tratamiento depende de sus relaciones externas y c) del desarrollo de múltiples canales para el manejo de esas relaciones. Dentro de este mismo esquema entre los efectos de la interdependencia sobre las relaciones internacionales de los países en desarrollo, cabe mencionar la diversificación (geográfica y temática) de sus relaciones externas, el ensanchamiento de su margen de maniobra internacional y el fortalecimiento de los elementos de cambio en el patrón tradicional de sus relaciones internacionales.

El hecho de reconocer que está cambiando aquella tendencia a la desvinculación de los países periféricos frente a los centros industriales que predominó en la postguerra, y su reemplazo por una mayor integración de los países en desarrollo dentro de la economía mundial ¿significa renegar del 'crecimiento hacia adentro' y abrazar sin contrapesos estrategias aperturistas de crecimiento 'exo-dirigido'? Aquí sólo podemos dejar esbozada una conclusión. Se trata de dos planos diferentes. Más de un decenio de análisis y debates sobre estos temas permite anticipar que, dentro de un escenario considerablemente transformado, algunos países periféricos persistirán en su marcha histórica hacia el desarrollo: hacia un desarrollo con crecimiento 'hacia adentro', basado en la industrialización, con aprovechamiento de sus recursos internos, en la expansión de sus mercados nacionales y en la cooperación económica entre ellos mismos. Pero, para usar otra feliz metáfora de Aníbal Pinto —el cual parafraseaba a Von Clausewitz para quien, como es sabido, la guerra era la prosecución de la política por otros medios— se trata de proseguir la marcha histórica hacia el desarrollo y la industrialización de los países periféricos por caminos más adecuados al nuevo escenario, caminos entre los cuales sus cambiantes formas de relacionamiento externo ocupan un lugar destacado.¹⁵

En otras palabras, estimamos que los rasgos objetivos que presenta en la actualidad el escenario internacional, algo tienen que decir acerca de la estrategia externa que deberían adoptar los países en desarrollo, con *relativa* independencia del hecho de que hayan optado por un modelo 'aperturista', donde las exportaciones actúan como el 'motor' del desarrollo, o se hayan orientado en el sentido de 'crecimiento hacia adentro', utilizando las exportaciones

como el 'lubricante' de ese desarrollo, según otra de las imágenes de Lewis (1980), o hayan ensayado algún tipo de combinación entre ambos modelos, dependiendo de su ideología y de las características de su economía.¹⁶ Aventuramos aquí la hipótesis de que, cualquiera que sea el camino que escoja un país en desarrollo dentro de este espectro, habrá de recorrerlo dentro de un marco externo caracterizado por un creciente entrelazamiento de la economía internacional, muy diferente de la situación imperante en la postguerra. Y también la de que, en alguna medida y bajo distintas formas, aquel marco externo los impulsará a ensayar una apertura mayor que en el pasado. Y aquí se impone una segunda distinción, pues aquel mayor grado de apertura externa tampoco debe estimarse sin más como sinónimo de una política fuertemente basada en el liberalismo económico, sino que de hecho puede coexistir con distintas modalidades de intervención estatal y planificación del desarrollo económico. En suma, no parecería existir una correlación rígida entre ciertos grados de intervención estatal en el proceso económico, crecimiento hacia adentro y desvinculación frente a la economía mundial, así como en el otro extremo tampoco debería haberla entre liberalismo económico, apertura externa e interdependencia en el plano de las relaciones económicas internacionales. En todo caso, este último fenómeno constituye un rasgo central del actual cuadro externo, y como tal debería ser considerado como un dato. Por lo tanto, parecería posible en ciertos casos específicos combinar diversas formas de intervención estatal y apertura externa, regulando la participación de las economías nacionales en un sistema económico internacional caracterizado por una creciente interdependencia.¹⁷

¹⁵Como se advertía desde un comienzo nos apartamos de la discusión en torno a políticas alternativas de "crecimiento hacia adentro" y de "apertura externa", de gran vivacidad y riqueza (véase especialmente en este sentido a Assael, 1979), para concentrarnos en las opciones que los países en desarrollo enfrentan en la actualidad en lo referente a la formulación de sus estrategias externas. Para un lúcido análisis de las cambiantes condiciones externas en que se verifica el desarrollo de los países periféricos, acompañado de una propuesta encaminada a la creación de un "núcleo endógeno de dinamización tecnológica" en el fren-

te interno, ver un trabajo inédito de Fajnzylber (1980), que el autor sólo tuvo oportunidad de leer después de haber concluido este escrito.

¹⁶No debe olvidarse que, por mucho que graviten consideraciones ideológicas en la adopción de estas opciones, la circunstancia, el grado y las modalidades peculiares con que se orientan una u otra dependen sustancialmente de las características de cada país, particularmente en lo que respecta al tamaño y estructura de su economía, y a la forma que tradicionalmente han adoptado sus vinculaciones con el exterior.

¹⁷Como se sugiere en la parte final del trabajo de O. Sunkel y L. Tomassini, varias veces citado.

Naturalmente, que si un país adopta un modelo exagerado de apertura externa, a partir de una apreciación falsamente optimista acerca de las posibilidades derivadas de aquel creciente entrelazamiento de la economía mundial y del papel del mercado externo, como motor del crecimiento, pondría en peligro sus perspectivas de desarrollo a largo plazo. Pero también es cierto que un país que siguiera una estrategia más equilibrada, basada en un mejor balance entre la utilización de los mercados internos y externos y en la sustitución selectiva de importaciones en algunos sectores acompañada en otros de políticas de apertura y promoción de exportaciones, podría desperdiciar muchas oportunidades en la medida en que, conjuntamente con otros países periféricos, insistiera en aplicar estrategias de inserción externa basadas en la concepción pretérita de la economía internacional y de sus principales tendencias, y no aprendiese a sacar el mejor partido posible del balance de riesgos y oportunidades que actualmente ofrece el escenario externo.

2. La inserción de los países en desarrollo en la economía internacional: algunas opciones

Lo expresado nos lleva a referirnos a las principales opciones que enfrentan los países en desarrollo desde el punto de vista de su inserción externa, opciones que de alguna manera han inspirado las diversas estrategias que sucesiva o paralelamente han ensayado en sus negociaciones con los países industrializados, un tema al cual nos hemos referido en otras oportunidades.¹⁸ Uno de los factores que más ha contribuido a que las negociaciones económicas internacionales hayan conducido a tan modestos resultados radica en la confusión conceptual que parece imperar en el debate. En efecto, cuanto más se multiplican las conferencias, foros y proposiciones encaminados a promover el establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI), más claramente queda de manifiesto el hecho de que en esta materia reina "un gran desorden bajo el cielo". Desde diversos ángulos se formulan propuestas específicas que, según los casos, pueden conside-

rarse como optativas, contradictorias o simplemente inconexas. En cambio, no se han explicitado suficientemente los grandes modelos de ordenamiento económico mundial en los que están inspirados los distintos "paquetes" de medidas. De hecho, estos modelos son básicamente los siguientes.

a) La segregación o el *delinking* de los países en desarrollo con respecto al sistema capitalista internacional, y su adhesión a estrategias basadas en la confianza individual y colectiva en sí mismos, es una propuesta que parece contrariar frontalmente las tendencias actuales del sistema internacional, y que ha permanecido confinada en el terreno de las ideas, sin que sea posible registrar ninguna experiencia medianamente duradera y exitosa, con la en muchos sentidos única (y al parecer cambiante) excepción de China.¹⁹

b) La incorporación indiscriminada de los países del tercer mundo en la antigua división internacional del trabajo, relativamente remozada, lo que comprometería gravemente su potencial de desarrollo a largo plazo, e implicaría la profundización de sus lazos de dependencia con los países industriales y la gradual pérdida de su autonomía, con su secuela de frustraciones y de respuestas revolucionarias.

c) El establecimiento de una suerte de "social-democracia global", basada en la regulación de los mercados internacionales o en su reemplazo por mecanismos más centralizados, siguiendo los lineamientos contenidos en la declaración y el Programa de Acción para el Establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI), un programa que

¹⁹Si dejamos de lado la circunstancia de que por sus características y antecedentes históricos China reunía condiciones únicas para este tipo de experiencia, las informaciones de los últimos años indican que ese gran país estaría revisando su tradicional política de aislamiento y desarrollo autocentrado. Otros ejemplos incompletos y menores, como los de Albania y Cambodia, han sido poco conocidos y, en la medida de la información disponible, netamente regresivos. Por último, otros países están revisando también su tradicional política de desarrollo autocentrado, como lo revela la nota sobre Cuba en el *Estudio Económico de América Latina, 1978* (CEPAL, 1979). En cuanto al plano conceptual, son escasas las formulaciones articuladas de esta postura, con excepciones como los primeros escritos de ul Haq (1970 y 1976), y las obras de Emmanuel (1969) y Amin (1970 y 1973).

¹⁸Ver L. Tomassini, 1977, 1978 y 1979 a.

probablemente requeriría la instauración de una suerte de autoridad mundial y/o un fuerte incremento del poder de negociación del tercer mundo.

Estas estrategias corresponden, aproximadamente a las alternativas que bajo los conceptos de *exit*, *voice* y *loyalty* propusiera hace algún tiempo Hirschman desde un punto de vista más amplio, para analizar el funcionamiento de los sistemas sociales. Dentro de estas alternativas, las medidas planteadas dentro del marco del NOEI se aproximan a la opción de la protesta (*voice*), expresada en su espíritu de confrontación y en su amplio programa de reformas.

Retomando al pasar apreciaciones formuladas en otras oportunidades, este último programa parecería estar inspirado en una mezcla de pesimismo y de desconfianza frente a las perspectivas de una progresiva articulación de los países en desarrollo dentro de la economía internacional, lo que gradualmente llevó a plantear una serie de medidas de carácter "concesional" o "preferencial", orientadas a promover una transferencia unilateral de recursos desde los países desarrollados hacia los países en desarrollo, por medio de mecanismos paralelos o alternativos a los engranajes del mercado. De este modo el tercer mundo volcó todo su peso en favor del programa integrado de productos básicos, que constituye en lo sustancial un mecanismo diseñado para la estabilización del mejoramiento de sus precios, en lugar de negociar arreglos más amplios que le permitieran ir adquiriendo una mayor participación en su procesamiento y comercialización, a partir del manifiesto interés de los países industrializados por promover el desarrollo de los recursos naturales, dentro de una perspectiva de escasez. Depositó grandes esperanzas en el sistema general de preferencias y muy pocas en los beneficios susceptibles de obtenerse a través de una mayor liberalización del comercio a nivel global. Insistió en la necesidad de incrementar la asistencia oficial para el desarrollo y de mejorar sus condiciones, aun largo tiempo después que ya había quedado de manifiesto la falta de disposición de los países industriales para cumplir las metas mínimas fijadas por la comunidad internacional en la materia, pese al pujante renacimiento de los mercados privados de capital y su creciente

acceso a ellos, lo que postergó una reflexión sistemática en torno a los medios más adecuados para imprimir mayor estabilidad y eficacia a dicho acceso. Continuó poniendo más énfasis en la necesidad de adoptar un código internacional para reglamentar la transferencia de tecnología, en lugar de prestar mayor atención al mejoramiento de su capacidad para negociar con los proveedores externos y para absorber y adaptar esa tecnología, un campo donde habían registrado experiencias muy valiosas. También buscó con empeño la adopción de un código de conducta para regular el comportamiento de las corporaciones transnacionales, pero se interesó menos por analizar la experiencia de aquellos países que durante los últimos años han venido ensayando nuevas y más ventajosas modalidades de contratación con dichas empresas.

No es de extrañar, por lo tanto, que la insuficiente integración de los países periféricos dentro de la economía internacional, haya constituido, en muchos casos, una suerte de "profecía autocumplida". A estas alturas parece innecesario insistir en que, en ésta como en otras materias, se observan grandes diferencias según el nivel de desarrollo de los distintos países —un tema al cual ya nos referimos en la tercera parte de este trabajo. Hecha una vez más esta advertencia, cabe subrayar que América Latina ha mostrado una considerable cuota de imaginación para ensayar nuevas formas de vinculación con el sistema internacional, aunque muchas veces y por diversas razones no haya permitido que estas experiencias influyeran en la adopción de las posiciones que preconizaba en un plano más oficial o más retórico. En este sentido, una reunión reciente donde se discutieron estas cuestiones, y a la que antes se hizo referencia, llegaba a las siguientes conclusiones.²⁰

"América Latina aspira a un tipo de desarrollo plenamente integrado con la economía internacional. Creemos que, en general, los países de la región no adhieren a aquellas opciones que pudieran propiciar un camino de 'desarrollo separado'. Esta estrategia parece históricamente ajena a las opciones que en la

²⁰Seminario sobre América Latina y el Nuevo Orden Económico Internacional, realizado en Viña del Mar, los días 7 a 11 de enero de 1979, ya mencionado.

práctica ya han tomado la mayor parte de los países latinoamericanos. Ello no significa que haya un solo camino para que los países de la región se integren en la economía internacional. Existe una pluralidad de vías para ello. Esas vías dependerán de las dimensiones, la estructura económica, las orientaciones políticas y las tradicionales vinculaciones externas de cada país. Pero también creemos que esa pluralidad de vías no excluye la posibilidad de lograr una concertación creciente de sus políticas externas, y que los países de la región estarán en mejores condiciones para negociar con los centros industriales a través de una acción solidaria, en lugar de escoger un camino solitario (citado en Hill y Tomassini, *op. cit.*, pp. 10 y 11)."

3. *Hacia una estrategia de participación selectiva en el sistema internacional*

La conclusión que se desea sugerir al término de este estudio es que la integración de los países en desarrollo en el sistema económico transnacional no acarrea necesariamente sólo consecuencias negativas. Como se ha señalado en otro lugar, se trata de un proceso que posee un margen de ambigüedad considerable desde el punto de vista de sus consecuencias para los países periféricos, ya que entraña un balance inédito de riesgos y oportunidades. Al mismo tiempo, el tipo de consecuencias que ese fenómeno genere para los países periféricos no depende exclusivamente de la voluntad o de los intereses de aquellos países que ocupan una posición central en el sistema, ya que frente a él los países periféricos pueden adoptar un papel activo o pasivo, para emplear la terminología utilizada recientemente por Enrique Iglesias (1979a). Para no adentrarnos en un nuevo tema, dejemos que sea este último quien esboce una vez más ese balance.

"Nuestra inserción internacional es positiva en la medida en que nos permite incorporar la tecnología, proyectar hacia el exterior actividades que requieren mercados más amplios y, en último término, abrir paso a nuevas formas de división internacional del trabajo en que nuestros países ocupen el lugar para el cual ya están capacitados.

"Pero también hay riesgos en nuestras nuevas formas de inserción externa. Estos ries-

gos se manifiestan en los condicionamientos que tal vinculación impone a nuestro desarrollo, en el cambiante impacto del ciclo externo sobre la evolución de nuestras economías y en las políticas restrictivas y proteccionistas empleadas por los países industrializados como una manera de defenderse frente a las tendencias recesivas e inflacionarias que han caracterizado la economía mundial durante el último período.

"En todo caso la existencia de una economía mundial abierta y el establecimiento de una división internacional del trabajo más acorde con las capacidades de cada país, grande o pequeño, ha pasado a convertirse en requisito cada vez más importante para el desarrollo de los países latinoamericanos. Dependemos cada vez más del funcionamiento de una economía mundial basada en una auténtica interdependencia." (Iglesias, 1980b)

Si así fuese, los países en desarrollo no deberían escoger estrategias que impliquen ni su subordinación pasiva a las fuerzas de la economía mundial ni el reemplazo de los mercados internacionales por mecanismos más centralizados, sino buscar nuevas formas de "participación selectiva" en el sistema. Parecería que una estrategia de este tipo sería más coherente con las tendencias actuales del cuadro internacional. Por otra parte, ella permitiría que los países en desarrollo alcanzaran al mismo tiempo un triple objetivo de aprovechar las ventajas derivadas de su creciente integración en un contexto internacional que se torna cada vez más interdependiente, de atenuar los efectos indeseables de un ciclo externo inestable y adverso, y de preservar o maximizar la autonomía de sus procesos nacionales de desarrollo.²¹ Habida cuenta de la escasa atención prestada a esta alternativa, resulta interesante recordar uno de los primeros llamados provenientes del ámbito latinoamericano en tal sentido.

²¹Una variante de este enfoque radica en la idea, que recientemente ha ganado terreno en los debates internacionales, de asentar las relaciones centro-periferia en una estrategia basada en la identificación de áreas de intereses mutuos, y en la estructuración de una economía global en que puedan beneficiarse efectivamente ambos grupos de países. Tal ha sido el enfoque adoptado por la Comisión Brandt en sus trabajos. Señala su *Informe* la necesidad de "identificar una mutualidad positiva de intereses". Y agrega la Comisión en dicho *Informe*: "Creemos que tales inte-

“La experiencia latinoamericana demuestra la necesidad de abandonar la idea de que el estímulo fundamental del desarrollo proviene de una inserción total en el sistema económico internacional. Por el contrario, la implantación de nuevos estilos de consumo y producción, así como la consecución de un nivel mínimo de autonomía, requieren avanzar hacia políticas de participación selectivas en el sistema, que permitan escoger el tipo de vinculaciones que se desea tener. Se trata de minimizar la dependencia, de maximizar la autonomía y de buscar nuevos modelos de desarrollo autosostenido (Foro Latinoamericano, 1975).”

Una estrategia de “participación selectiva” en el sistema, como la anteriormente propuesta, debería lograr una adecuada combinación entre tres tipos de acciones: a) reformas estructurales encaminadas a corregir las imperfecciones de que actualmente adolecen los mercados internacionales; b) acuerdos a largo plazo entre los países centrales y los países periféricos que, complementando las fuerzas del mercado, promuevan la distribución de ciertas actividades económicas y un intercambio comercial que permitan estimular el desarrollo de aquellas actividades productivas para las cuales algunos países en desarrollo se han estado capacitando durante el último período, y c) programas de tipo ‘concesional’, destinados a paliar algunas de las desventajas más obvias que experimentan los países periféricos, principalmente aquellos que se encuentran en sus primeras etapas del proceso de desarrollo.

Naturalmente que la participación selectiva de los países en desarrollo en el sistema económico internacional supone la introducción de reformas estructurales más o menos profundas en la economía mundial tal como actualmente funciona. Habría que hablar, pues, de “participación con reestructuración”.

reses son numerosos. Pero se requiere un esfuerzo mayor para situarlos en el centro del debate. El diálogo Norte-Sur ha sufrido a causa de una atmósfera cargada de ‘demandas’ del Sur y ‘concesiones’ del Norte como la que prevaleció en el pasado: sólo en los últimos años algunos líderes de esa causa han comenzado a pedir que dicho diálogo sea apreciado como una oportunidad para lograr una asociación donde todas las partes puedan trabajar en beneficio mutuo” (Independent Commission on International Developing Issues, 1980, p. 65).

Para ello es necesario que los países centrales renuncien a proteger sus actividades primarias en la forma en que lo han venido haciendo hasta ahora; que permitan un mayor desarrollo y procesamiento local de los recursos naturales de que disponen los países de la periferia; que hagan posible estos desarrollos de actividades industriales capaces de generar un mayor valor agregado, una mayor capacidad de innovación tecnológica y un mayor impulso global a sus economías.

Los países industrializados deberán aplicar las políticas de ajuste que sean necesarias para que puedan operar aquellas fuerzas que en la actualidad están impulsando un reordenamiento más racional de la antigua división internacional del trabajo. Los costos de esas políticas no parecen ser excesivos en términos absolutos y, en todo caso, sólo representarían una pequeña fracción de los costos provocados por los cambios en la asignación de recursos, el desplazamiento de actividades productivas, la reconversión industrial y la adaptación de la mano de obra que se está produciendo como consecuencia de la especialización, la competencia y el cambio tecnológico en el interior de los propios países industrializados, así como también de la concurrencia que tiene lugar entre ellos mismos.

En el fondo, se trata de que los países centrales apliquen efectivamente los principios que han sostenido durante largo tiempo en el campo económico. Esos países no deberían considerar aquellas políticas de ajuste como una carga excepcional asumida en beneficio de los países en desarrollo, sino como una parte normal de sus procesos de modernización industrial, que deberán encarar de todas maneras si no quieren condenar al atraso sus aparatos productivos y perder la competencia industrial con sus propios socios capitalistas avanzados e incluso, gradualmente, con sus nuevos competidores en el Sur.

Por su parte, los países en desarrollo deberían abandonar gradualmente una estrategia de negociación con los países desarrollados, basada en un *shopping list* de reivindicaciones surgidas del análisis más o menos exhaustivo pero excesivamente renovado de sus perjuicios o agravios (una estrategia que, impulsada hasta ahora con escasa consideración de las condicio-

nes de viabilidad de tales reivindicaciones, ha conducido a magros resultados), y reemplazarla por una estrategia de negociación más selectiva. Una estrategia que, sin dejar de insistir en la necesidad de concertar con los países industrializados acuerdos que a largo plazo les permitan obtener mayores beneficios de su participación en las relaciones económicas internacionales y en el mantenimiento de programas de carácter concesional para los países menos desarrollados, se concentren en el aprovechamiento de los "resquicios" que se están abriendo en la economía mundial, como consecuencia de las profundas transformaciones que han experimentado tanto los centros como la periferia, y de los cambios sustanciales que han tenido lugar en el escenario internacional. Obsérvese que mientras la primera estrategia ha sido adoptada colectivamente por los países en des-

arrollo, en el plano de las negociaciones económicas multilaterales, con éxito escaso, la segunda es la que suelen seguir —en forma discreta pero con considerables ventajas— aquellos países que tienen una participación más activa en la economía mundial. Sin embargo, como se advirtiera en un comienzo, estas notas sólo se proponían esbozar las transformaciones que han tenido lugar en las relaciones centro-periferia a lo largo de los últimos quince años, sin detenerse en los cambios que podrían experimentar las estrategias negociadoras de los países en desarrollo. Queda pendiente, pues, la tarea de esbozar también en qué podría consistir aquella estrategia de "participación selectiva" en el sistema que se postula como más coherente con las tendencias perceptibles en el actual escenario internacional.

Bibliografía

- Amin, Samir, *Le Développement Inégal*, París, 1973.
- Assael, Héctor, "La internacionalización de las economías latinoamericanas: algunas reservas", en *Revista de la CEPAL*, N.º 7, abril de 1979, Santiago de Chile.
- Bell, Daniel, *The Coming of Post-Industrial Society*, Nueva York, 1973.
- Bell, Daniel, *The Cultural Contradictions of Capitalism*, Nueva York, 1976, Bergsten, C. Fred y Lawrence B. Krause (editores), *World Politics and International Economics*, 1975.
- Botero, Rodrigo, "La Comisión Brandt: una perspectiva latinoamericana", en *Estudios Internacionales* N.º 49, octubre-diciembre, 1979.
- Bradford, Collin, "Resumen interpretativo: reunión sobre una nueva América Latina en la cambiante economía mundial", en *Revista de la CEPAL*, N.º 10, abril de 1980, Santiago de Chile.
- CEPAL, *Estudio Económico de América Latina, 1949*, Santiago de Chile, 1950.
- CEPAL, *Estudio Económico de América Latina, 1978*, Santiago de Chile, 1979 a).
- CEPAL, "La internacionalización de la economía mundial y América Latina: significados y opciones", en *Estudio Económico de América Latina, 1978*, Santiago de Chile, 1979.
- CEPAL, *América Latina y la nueva estrategia internacional del desarrollo: enunciación de metas y objetivos*, Santiago de Chile, 1979 b).
- CEPAL, "Las empresas transnacionales en la actual etapa del desarrollo latinoamericano" en *El desarrollo económico y social y las relaciones económicas externas de América Latina*, Santiago de Chile, 1979 c).
- Cooper, Richard, *The Economics of Interdependence*, 1968.
- Cooper, Richard, "Economic Interdependence and Foreign Policy in the Seventies", en *World Politics*, vol. XXIV, N.º 2, enero de 1972.
- Crouzet, Maurice, *Historia General de las Civilizaciones*, obra publicada bajo su dirección, Barcelona, Destino, 1958, vol. II.
- Devlin, Robert, "El financiamiento externo y los bancos comerciales", en *Revista de la CEPAL*, N.º 5, primer semestre de 1978.
- Devlin, Robert, "Los bancos comerciales y el desarrollo de la periferia: congruencia y conflicto", en *Revista de la CEPAL*, N.º 9, diciembre de 1979.
- Díaz-Alejandro, Carlos y otros (editores), *Política económica en centro y periferia*, México, 1976.
- Eco, Umberto et al., *Documenti su il nuovo medioevo*, Milán, 1973.
- Evers, B. y otros, *Perspectives on Industrial Adjustment: The EEC and the Developing Countries*, 1977.
- Ellsworth, P. T., "The Terms of Trade between Primary Producing and Industrial Countries", en *Interamerican Economic Affairs*, Vol. X, verano de 1956.
- Emmanuel, Arghiri, *L'échange inégal*, París, 1969.
- Fajnzylber, Fernando, *Dinámica industrial en las economías avanzadas y en los países semi-industrializados* (manuscrito), 1980.
- Ferrer, Aldo, "La crisis del sistema trilateral y América Latina", en Eduardo Hill y Luciano Tomassini (editores), 1979.
- Ferrer, Aldo, *Economía internacional contemporánea: texto para latinoamericanos*, México, 1976.
- Fishlow, Albert y otros, *Rich and Poor Countries in the World Economy*, Nueva York, 1978.
- Flanders, M. J. "Prebisch on Protectionism: An Evaluation", en *Economic Journal*, junio de 1964.
- Foro Latinoamericano, Mesa Redonda sobre la situación de América Latina en la actual coyuntura económica internacional, Caracas, agosto de 1975. Declaración publicada en *Estudios del Tercer Mundo*, N.º 1, México, marzo de 1978.
- Freeman, Christopher y Marie Jahoda, *World Futures: The Grate Debate*, Londres, 1978.
- Germani, Gino, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, 1962.
- Gordon, Lincoln, *Growth Policies and the International Order*, Nueva York, 1979.
- Grunwald, Joseph, "El comercio intraindustrial Norte-Sur: compartir la producción industrial entre los países en desarrollo y desarrollados", en *Estudios Internacionales*, N.º 48, octubre-diciembre de 1979, Santiago, Chile.
- Harberler, G., "Los términos del intercambio y el desarrollo económico", en H. S. Ellis (editor), *El desarrollo económico y América Latina*, 1969.

- Hagen, Everett E., *On the Theory of Social Change*, Homewood, Illinois, 1962.
- Heilbroner, Robert L., *An Inquiry into the Human Prospect*, Nueva York, 1975.
- Hill, Eduardo y Luciano Tomassini (editores), *América Latina y el Nuevo Orden Económico Internacional*, Santiago de Chile, 1979.
- Iglesias, Enrique, "América Latina en el umbral de los años ochenta", en *Revista de la Cepal*, N.º 9, diciembre de 1979, Santiago de Chile.
- Iglesias, Enrique, *Balance preliminar sobre la economía latinoamericana en 1979*, Santiago de Chile, 1980.
- Independent Commission on International Developing Issues, *North-South, A Programme for Survival*, Londres, 1980.
- Institute of Social Studies (ISS), *La Haya, Meeting on Adjustment Policies: final report*, La Haya, 1977.
- Interfutures, *Facing the Futures*, Organization for Economic Cooperation and Development, Francia, 1979.
- International Bank of Reconstruction and Development, *World Development Report, 1978* Washington, D. C., 1978.
- International Bank of Reconstruction and Development, *World Development Report, 1979*, Washington, D. C., 1979.
- Jaguaribe, Helio, "Hegemonía céntrica y autonomía periférica", en Eduardo Hill y Luciano Tomassini (editores), 1979.
- Kahn, Herman y otros, *The Next 200 Years*, Nueva York, 1976.
- Keohane, Robert O. y Joseph S. Nye, *Transnational Relations and World Politics*, Cambridge, Massachusetts, 1971.
- Křakal, Jan, "Las empresas transnacionales en el desarrollo contemporáneo de América Latina", en *Estudios Internacionales*, N.º 47, julio-septiembre de 1979, Santiago de Chile.
- Lewis, Arthur, *The Evolution of the International Economic Order*, Princeton, 1979.
- Massad, Carlos, "La revolución de los banqueros en la economía internacional: un mundo sin sistema monetario", en *Revista de la CEPAL*, N.º 2, segundo semestre de 1976, Santiago de Chile.
- McClelland, David, *The Achieving Society*, Nueva York, 1961.
- Meadows, D. H., et al., *The Limits to Growth*, Washington, D. C., 1972.
- Medina Echavarría, José, "América Latina en los escenarios posibles de la distensión", en *Revista de la CEPAL*, N.º 6, segundo semestre de 1976, Santiago de Chile.
- Mesarovic M. y E. Pestel, *Mankind at the Turning Point*, Nueva York, 1974.
- Mishan, E. J., *The Economic Growth Debate: An Assessment*, Nueva York, 1977.
- Mukherjee, Santoshi, *Restructuration des économies industrielles et commerce avec les pays en développement*, Ginebra, 1979.
- Müller, Ronald E. y Richard J. Barnett, *Global Reach: The Power of the Multinational Corporations*, Nueva York, 1974.
- Müller, Ronald E., y David H. Moore, *Stagflation in OECD Nations: Global and Domestic Causes and New Policy Alternatives*, Washington, D. C., 1978.
- Naciones Unidas, *Transnational Corporations in World Development: a re-examination*, Nueva York, 1976.
- Nye, Joseph S., "Independence and Interdependence", en *Foreign Policy*, N.º 27, 1976.
- Parsons, Talcott y Edward Shils, *Towards General Theory of Action*, Nueva York, 1952.
- Pearson, Lester B., *Partners in Development*, Nueva York, 1969.
- Perry, Guillenno, "Los mercados mundiales de manufacturas y la industrialización de los países en desarrollo", en Hill, Eduardo y Luciano Tomassini, *América Latina y el Nuevo Orden Económico Internacional*, Santiago de Chile, 1979.
- Pinto, Anibal y Jan Křakal, *América Latina y el cambio en la economía mundial*, Lima, 1973.
- Pinto, Anibal, "La internacionalización de la economía mundial y la periferia: significados y consecuencias", en *Revista de la CEPAL*, N.º 9, diciembre de 1979, Santiago de Chile.
- Prebisch, Raúl, "Notas sobre el desarrollo del capitalismo periférico", en *Estudios Internacionales*, N.º 43, julio-septiembre 1948, Santiago de Chile.
- Prebisch, Raúl, *Problemas teóricos y prácticos del crecimiento económico*, Santiago de Chile, 1952.
- Prebisch, Raúl, *Nueva política comercial para el desarrollo*, México, 1964.
- Reino Unido, Foreign and Commonwealth Office, *The Newly Industrialising Countries and the Adjustment Problem*, Londres, 1979.
- Riesman, David y otros, *La muchedumbre solitaria*, Buenos Aires, 1964.
- Robichek, Walter, *Algunas reflexiones sobre el manejo del endeudamiento público externo*, Banco Central de Chile, 1980.
- Rosenkrantz, Richard, y Arthur Stein, "Interdependence, myth or reality?", en *World Politics*, vol. XXVIII, N.º 1, 1976.
- Rostow, Walt W., *The Stages of Economic Growth*, Cambridge, 1960.
- Rostow, Walt W., "Como romper la impasse en las negociaciones económicas multilaterales Norte-Sur", en *Estudios Internacionales*, N.º 45, enero-marzo 1979, Santiago de Chile.
- Rostow, Walt W., *Getting from here to there: America's Future in the World Economy*, Mc Graw-Hill, Nueva York, 1978.
- Schumacher, E. F., *Small is beautiful: Economics as if People mattered*, Londres, 1973.
- Schydrowsky, Daniel, "Industrialization and Growth", en Luigi R. Einandí (editor), *Beyond Cuba: Latin America takes charge of its future*, Nueva York, 1974.
- Sewell, John, "El crecimiento del Norte ¿es posible sin el progreso del Sur?", en *Estudios Internacionales*, N.º 42, abril-junio 1978, Santiago de Chile.
- Sewell, John, "Can the North prosper without Growth and Progress in the South?", en *The U.S. and World Development Agenda*, Nueva York, 1979.
- Stavros, A., *The Promise of the Coming Dark Ages*, Nueva York, 1976.
- Sunkel, Osvaldo y Luciano Tomassini, "La crisis del sistema transnacional y la transformación de las relaciones internacionales de los países en desarrollo", en *Estudios Internacionales*, N.º 50, abril-junio 1980, Santiago de Chile.
- Sunkel, Osvaldo y Edmundo Fuenzalida, "Capitalismo transnacional y desarrollo nacional", en *Estudios Internacionales*, N.º 44, octubre-diciembre, 1978, Santiago de Chile.
- The Ecologist, *A Blueprint for Survival*, Londres, 1972.
- Tomassini, Luciano, "Falencias y Falacias: notas sobre el estudio de las relaciones Norte-Sur", en *Estudios Internacionales*, N.º 40, octubre-diciembre, 1977, Santiago de Chile.
- Tomassini, Luciano, "Confrontación o negociación", en *El Trimestre Económico*, N.º 152, México, 1979.
- Tomassini, Luciano, "El nuevo orden económico internacional: cuatro visiones", en *Revista de la CEPAL*, segundo semestre de 1978, Santiago de Chile.
- ul Haq, Mahabub, "New Perspectives in Development", documento presentado a la conferencia de la Sociedad para el Desarrollo Internacional sobre Empleo y Justicia, Ottawa, 1971.
- ul Haq, Mahabub, *The Poverty Curtain: Choices for the Third World*, Nueva York, 1976.
- UNCTAD, *Interdependencia de los problemas del comercio, la financiación del desarrollo y el sistema monetario internacional*, Ginebra, 1980.
- UNCTAD, *Examen de la Evolución y Tendencias Recientes del Comercio de Manufacturas y semimanufacturas*, Ginebra, 1978.
- Vacca, Roberto, *Il Medioevo, prossima ventura*, Roma, 1975.
- Ward, Barbara, *Only one Earth*, Nueva York, 1973.
- Zahler, Roberto, "Repercusiones monetarias y reales de la apertura financiera al exterior: el caso chileno 1975-1978", en *Revista de la CEPAL*, N.º 10, Santiago de Chile, abril de 1979.